

Mutis: rayos y truenos, conmoción y espanto. El polvo, las cenizas, la niebla, el fuego, humo, arena, sangre y un buen poco de desechos pasan ahora a los bastidores laterales. La escena, sin embargo, sigue ocupada. La pregunta formulada al levantar el telón no ha sido respondida. ¿Por qué fuimos a la guerra? Si no encuentran armas de destrucción masiva, la pregunta va a convertirse en un grito.

O, si descubren algunas armas en Iraq, es probable que haya aún más, transferidas a nuevos escondites más allá de la frontera iraquí. Si ocurrieran horrendos acontecimientos, podemos contar con una reacción predecible: «Buenos, honestos, inocentes estadounidenses murieron hoy debido a los malvados terroristas de Al-Qaeda». Sí, escucharemos la voz del Presidente, incluso, antes de que pronuncie esas palabras. (Para aquellos de entre nosotros a los que no nos gusta George W. Bush, podríamos también reconocer que vivir con él en la Oficina Oval es como estar casado con alguien que dice siempre exactamente lo que uno sabe que él o ella va a decir, lo que ayuda a comprender por qué más de la mitad de EE.UU. parece adorarlo actualmente).

La pregunta clave sigue siendo: ¿por qué fuimos a la

guerra? No ha sido respondida. La multitud de respuestas ya ha producido un estofado cognoscitivo. Pero el ingrediente aislado más doloroso en este momento es, desde luego, el descubrimiento de las tumbas. Hemos librado al mundo de un monstruo que asesinó a cantidades incalculables, megacantidades, de víctimas. Nadie subraya que muchos de los cadáveres eran de chiítas del sur de Iraq que han sido diezmados repetidamente durante los últimos doce años por haberse atrevido a rebelarse contra Sadam en el período subsiguiente a la Guerra del Golfo. Por cierto, fuimos nosotros los que los incitamos a alzarse, para comenzar, y luego no les ayudamos. ¿Por qué? Puede haber habido una continua discusión en la primera administración Bush en la que terminaron por ganar los que consideraban que una victoria chiíta sobre Sadam podía generar una

**Norman Mailer
EE.UU.**

multitud de imanes iraquíes que podrían hacer causa común con los ayatolas iraníes. ¡Chiíes uniéndose con chiíes! Hoy en día, desde el punto de vista de los restantes chiíes iraquíes, nos sería difícil probarles que no fueron víctimas de una traición. Así que pueden contemplar las tumbas que estamos tan felices de haber liberado como si fueran voces sepulcrales que exigen que compartamos la culpa. Lo que, desde luego, es algo que no haremos.

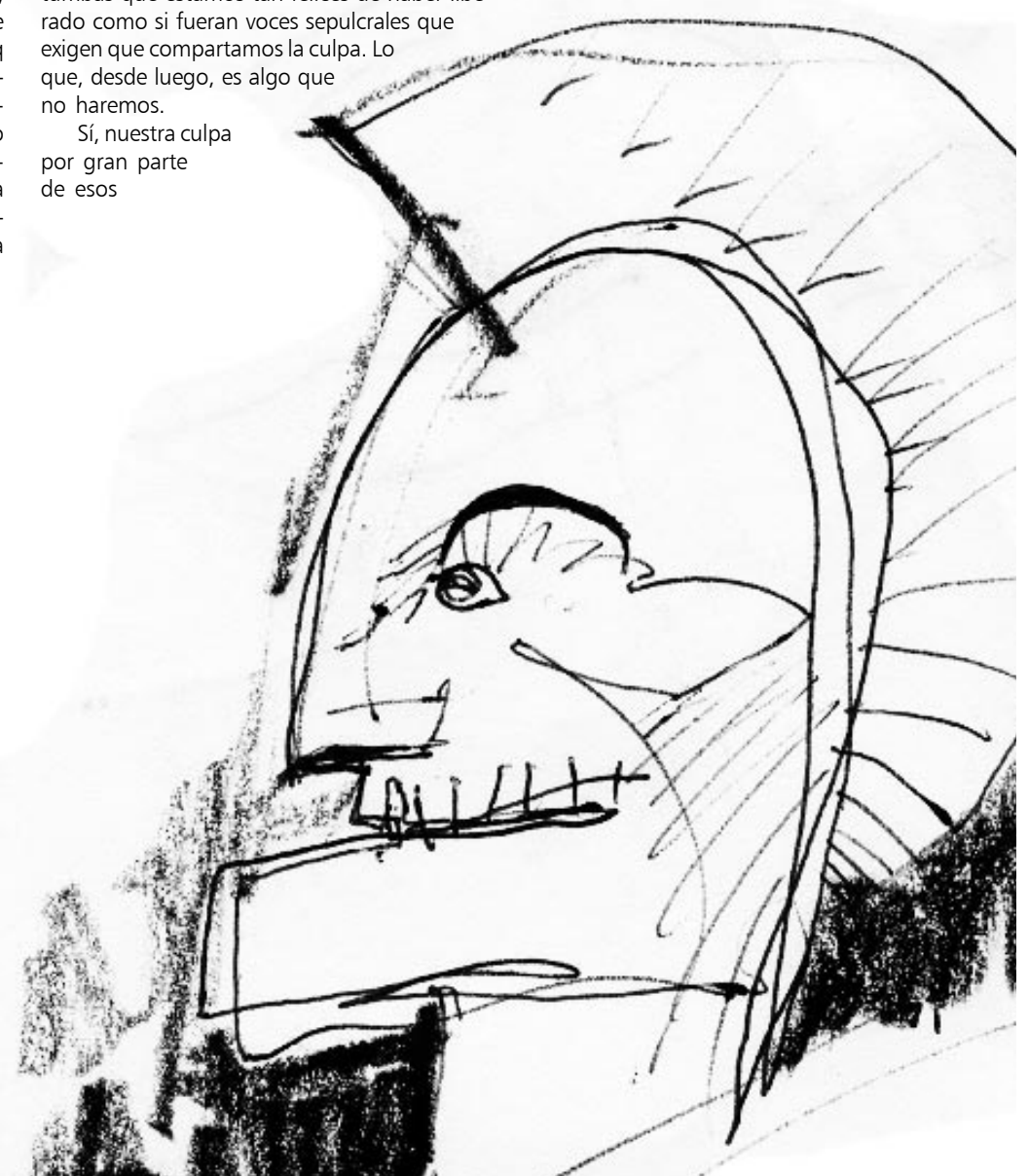
Sí, nuestra culpa por gran parte de esos

cadáveres sigue siendo un inmenso texto anexo y Sadam estuvo creando fosas comunes durante los años 70 y 80.

Continúa en la página 4

el alivio del hombre

BLANCO



Ilustraciones: Nelson Ponce

PÁGINA

02

La «nueva» posición de *EL PAÍS*

PÁGINA

05

Construcción IMPERIAL y dominación James Petras

PÁGINA

10

Entrevista con GEORGE YUDICE

PÁGINA

15

DOS miradas sobre CUBA Reynaldo González

Para estar a tono con el «consenso» de la «nueva» posición europea, el alguna vez respetado periódico español *El País*, ha devenido una suerte de propagador de invenciones. Por lo visto, al ejecutar su cruzada propagandística contra Cuba, no desestima ni siquiera las falacias provenientes de una fuente como la revista *Encuentro*, una publicación financiada por la National Endowment for Democracy (NED), agencia que como ha sido denunciado por diversos medios, entre ellos *The New York Times*, le sirve de paraguas financiero a la CIA.

A *El País* no le bastó promocionar el pasado día 30 de julio el contenido del último número de *Encuentro* en la nota titulada «La represión de Castro, objeto de estudio de una revista cubana», sino que un día después continuó su maniobra publicitaria con la publicación de otra información de similar contenido: «*Encuentro de la Cultura Cubana* renueva su protesta contra Castro». Prácticamente, la misma noticia repetida dos veces.

Ya se sabe que la conexión de *El País* con la revista *Encuentro* no es nueva y mucho menos casual. Desde antes de la creación de ese otro invento que es el «consenso» europeo, el periódico sirve de amplificador a la campaña norteamericana contra Cuba. La historia tiene ya algunos años. De acuerdo con el filósofo alemán radicado en México Heinz Dieterich: «La constante labor subversiva de Aznar contra el gobierno cubano no es, por supuesto, ni singular, ni nueva. La política subimperialista española frente a América Latina comenzó con Felipe González, con el apoyo del conglomerado mediático 'Grupo PRISA', al cual pertenece el diario *El País*».

Pero lo más curioso del caso es la manera en que el periódico subordina su política editorial a este tipo de propaganda. Como si no bastara la insólita frecuencia — que supera la de cualquier otro colaborador — con que el codirector de *Encuentro* dispone de las páginas del periódico para escribir cualquier falsedad sobre Cuba y su historia, el pasado abril, Juan Luis Cebrián — antiguo director de los servicios informativos de la Televisión franquista y hoy consejero de la poderosa multinacional PRISA —, el mismo personaje que organizó la campaña apoyando el golpe de estado de Carmona en Venezuela, se dedicó a realizar una maniobra de desinformación similar contra Cuba.

Fue *El País* el primero y el único periódico más o menos importante que reprodujo la carta redactada por *Encuentro* en contra de los arrestos de 75 mercenarios y las penas de muerte de tres terroristas. Lo hizo con una ingenuidad indigna de una publicación que se respete. En la larga lista de firmantes, entre los que se encontraban además de la del propio consejero de PRISA, una buena parte de la plana mayor del diario y sus colaboradores: Joaquín Estefanía, Juan Cruz, Antonio Elorza, Rosa Montero y Vicente Verdú, entre otros, figuraban personas a las que jamás se les había consultado ni compartían, como declararon después públicamente, el contenido de la misiva. El ejemplo más representativo fue el del coordinador general de la Izquierda Unida española, Gaspar Llamazares.

Ahora, en la sonada promoción de la revista dedicada a repetir, al estilo de Goebbels, las calumnias y mentiras lanzadas contra Cuba, *El País* asume la «objetiva» posición de servirle de eco a las infamias de una publicación que pagan, con casi un millón de dólares anuales, la Fundación Ford, la NED y el gobierno español.

Además de los consabidos infundios sobre la Isla que se repiten en ambos reportes, lo más significativo es la desfachatez con que sus editores aceptan que *Encuentro* incluya, entre los que rompieron con la

la «NUEVA» POSICIÓN de EL PAÍS

M. H. Lagarde
Cuba

Isla a raíz de los sucesos de abril, al intelectual uruguayo Mario Benedetti*.

Sin duda, ya no solo se trata, como asegurara hace poco en Buenos Aires el politólogo norteamericano James Petras, de un periódico que odia visceralmente a Cuba o que la empresa que lo dirige comparte acciones con la Fundación cubano-americana de Miami, por lo que tiene «un interés particular en publicar cualquier ensayo de cualquier persona, individuo, izquierdista, ex izquierdista contra Cuba», sino que además, —a golpe de cínicos subterfugios—, incluye entre sus cofrades, a alguien como Mario Benedetti que en medio de esta atroz campaña se ha pronunciado

reiteradamente en defensa de Cuba. Declaraciones que por cierto ha ignorado *El País*, como también lo ha hecho con las de Ernesto Cardenal y Augusto Roa Bastos, entre muchos otros.

Como inferimos al inicio, el «ético» proceder de ese diario no puede separarse de la «nueva» política hacia Cuba que, según el asesor del presidente Bush, Otto Reich, se dirige ahora desde Madrid. En los últimos meses, no hay edición de *El País* que no cuente con uno o más trabajos dedicados a tergiversar la realidad cubana. Y mientras el periódico abre sus páginas —también casualmente—, a los bien pagados colaboradores de *Encuentro* para que defiendan

Los editores de *El País* deberían pensar mejor hasta qué punto resulta efectiva la burda campaña anticubana y si la misma, antes de conseguir el fin que se propone, no contribuirá a acabar con el poco prestigio que le queda al periódico.



a los empleados norteamericanos encauzados en Cuba, o recorta y manipula a su conveniencia los criterios sobre el tema que solicitara su corresponsal en La Habana a escritores de la Isla, le sigue escatimando el espacio a cualquier opinión procedente de Cuba.

Además de los casos ya publicados en esta misma revista, entre las censuras más recientes se encuentra la del texto enviado a solicitud del diario por el poeta y ensayista Guillermo Rodríguez Rivera. Un destino similar tuvo el trabajo «De la Bastilla a Bruselas» del ensayista cubano Fernando Martínez Heredia, solicitado originalmente para el espacio de opinión, el que luego de cambiarle el título y extirparle varios fragmentos, solo apareció publicado en la sección Cartas al Director.

El colmo es que, cuando se refiere a Cuba, la manipulación de *El País* no se limita a los pensadores y escritores que se atreven a defender a la Isla. Hace solo unos días la sección Cartas al Director dio a conocer la reclamación del catedrático de pensamiento político de la Universidad Complutense, Antonio Elorza, sobre el tratamiento que recibiera un artículo suyo en el periódico. Según el autor, que no es un defensor de Cuba ni nada que se le asemeje, en su texto sobre el asalto al cuartel Moncada no solo se incluyó una errata sobre algo que él no había escrito «de ninguna forma», sino que además le agregaron algunas disparatadas expresiones: «tampoco, lógicamente, hablé de 'la toma del Moncada', que no fue tomado». Y concluye: «el título: 'El cuartelazo que parió el castrismo' tampoco es mío. (Ver Gran Zoo pág. 3)

Todos estos impudorosos errores y manejos dejan al descubierto lo que para algunos empieza a tornarse obvio: «no es muy difícil parecer progresista cuando el referente es Franco o Pinochet (hasta un Garzón puede intentarlo), y tampoco es muy difícil parecer un periódico serio cuando la competencia es *El Mundo*, *ABC* o *La Razón*. Tal vez por eso muchas personas de izquierdas hemos visto en *El País*, durante años, nuestra única opción dentro de la prensa española de gran tirada. Pero su rápida degradación tras el 11-S, que culminó con su canallesco apoyo a los golpistas venezolanos, nos ha llevado a repudiarlo con una mezcla de consternación y repugnancia. Consternación y repugnancia que desde entonces no han hecho más que crecer, y que han alcanzado un máximo difícilmente superable ante la criminalización de Cuba orquestada por el diario y su 'cuadra' (nunca mejor dicho) de columnistas». (Irene Amador y Carlo Frabetti en www.rebellion.org)

Los editores de *El País* deberían pensar mejor hasta qué punto resulta efectiva la burda campaña anticubana y si la misma, antes de conseguir el fin que se propone, no contribuirá a acabar con el poco prestigio que le queda al periódico.

Cada vez son más los lectores que descubren que ahora, cuando las agresiones diseñadas en Washington llegan a la Isla por los caminos de Roma, Bruselas o Madrid, a *El País* se le ha confiado el sucio papel de convertirse, de una vez por todas, en un órgano propagandístico de la contrarrevolución cubana. ■

* Al cierre de esta edición el escritor uruguayo Mario Benedetti desmintió a *El País* y a *Encuentro de la Cultura Cubana*, asegurando una vez más su compromiso con la Revolución cubana. La nota solo apareció en la sección Cartas al Director de *El País*, único espacio, al parecer, en el que sus directivos admiten un pronunciamiento favorable a Cuba.

Escribí este breve texto para su posible publicación como artículo de opinión en el diario *El País*, de Madrid. La aparición el día 24 de julio de una parte de mi texto, con el título cambiado, en la Sección Cartas al Director, constituye una falta de ética, porque no fui consultado para autorizar la publicación parcial ni el cambio de título. *El País* tenía derecho a no publicarlo, pero no a manipularlo.

de la Bastilla a Bruselas

Fernando Martínez Heredia
Cuba

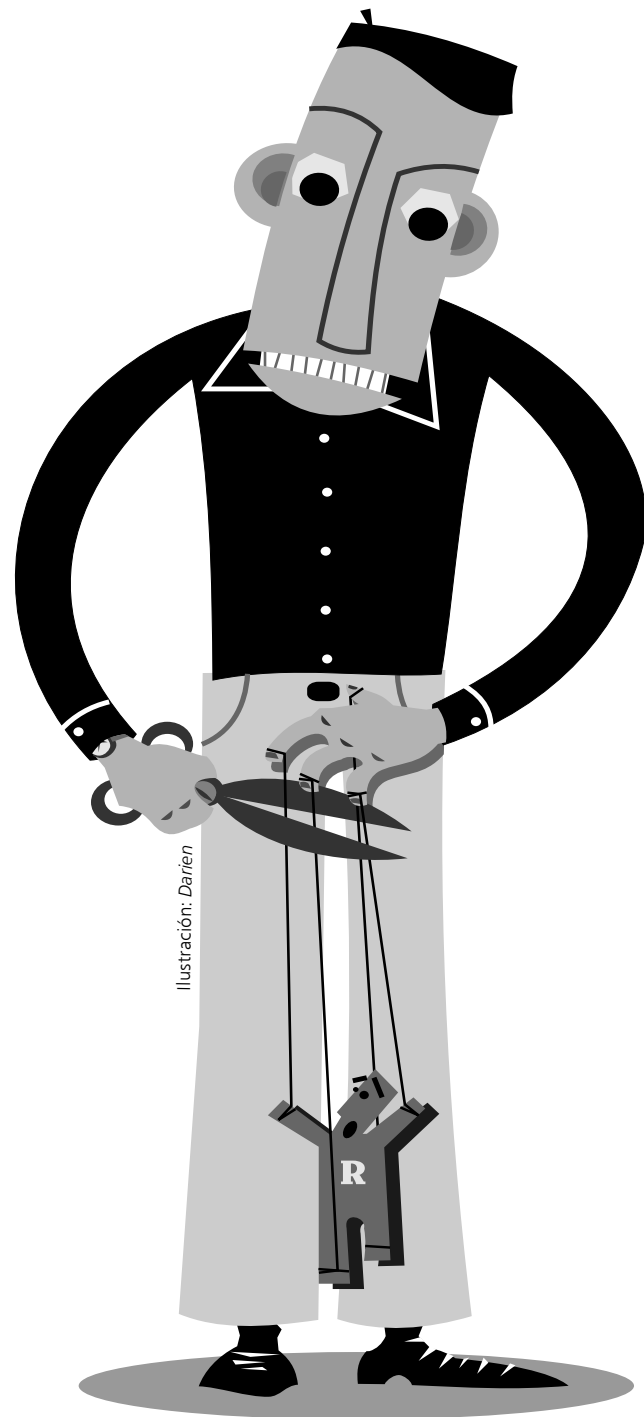
Todavía era la noche de Santiago, en Cuba, hace medio siglo, cuando comenzó un evento que cambió la historia del país, con efectos tan duraderos que marcan su presente y hasta su futuro previsible. Nadie en su sano juicio negará que la nación obtuvo su soberanía, y que la ha defendido con éxito en un mundo que ayer se hacía pequeño por la geopolítica, pero donde hoy la autonomía nacional es un lujo que casi nadie tiene. Tampoco puede negarse que la vida social se transformó a favor de las mayorías en muchísimos aspectos, realidades aceptadas por numerosas instituciones y observadores independientes. Cuba no logró lo que suele llamarse desarrollo —un anhelo del Tercer Mundo de los 60-70 que hoy está olvidado—, pero su economía no es de las que triunfa mientras la gente común fracasa, una notable política social redistribuye bastante el ingreso nacional y está en la base del sistema político, hay poca corrupción administrativa y los ciudadanos no le tienen miedo a la policía. Tampoco ha inventado la forma de gobierno que deje atrás el camino que va de Aristóteles a las diversas democracias actuales, pero su régimen tiene bien establecida su legitimidad y cuenta con un consenso muy notable en la población.

Estados Unidos ha logrado estar en contra de todo eso durante medio siglo. Tanta tozudez es comprensible: ellos controlaban a Cuba desde aquel 1898, y este país americano y occidental tan pequeño es un peligroso mal ejemplo. Aun así, su incapacidad para negociar algún tipo de normalización con un adversario tan duradero es una muestra ejemplar de subdesarrollo político. Para Cuba, Europa ha sido otra cosa. Ante todo, una alternativa de relaciones económicas en el mundo desarrollado, beneficiosa para ambas partes. Podría ser también una alternativa de relaciones políticas, en cuanto coincida el interés de ambos en que exista un campo autónomo de Estados Unidos, y que limite su omnipotencia. En este campo, el desempeño de Europa registra momentos buenos y malos, aciertos y caídas. Es cierto que emergió de 1945 muy sujeta a Norteamérica, pero en las décadas siguientes volvió a crecer y afirmarse, y ha protagonizado el más exitoso proceso de integración del mundo. Mas hoy debo confesar mi desilusión ante su progresiva ceguera respecto a su identidad y sus intereses perspectivas. La Declaración de la Unión sobre Cuba del 5 de junio, tan agresiva como ajena a todo el derecho y las prácticas internacionales de las que fue maestra Europa, la muestra como una seguidora obsecuente de la política norteamericana. Mal se protege la Unión Europea de la obvia pretensión de Estados Unidos de llegar a controlar al mundo entero, incluida Europa.

España resulta la más cercana a nuestro país entre las naciones y pueblos europeos, por tantas razones que no cabe aquí enumerarlas. Sin embargo, ella fatigó en Cuba el baldón colonialista que —junto con el fascismo— tanto contribuyó a ensombrecer, ensangrentar y quitar prestigio a la historia moderna europea. El colonialismo español llegó a inventar en Cuba los campos de concentración, y vencido sucesivamente por la rebelión cubana y por los yanquis y mambises aliados, tuvo un final muy lamentable al facilitar a Estados Unidos subyugar a la Isla. Ahí nació el imperialismo norteamericano, a costa de Cuba y de España. ¿No aprende lecciones el gobierno español de 105 años después, al acompañar como subalterno al mismo actor, ahora tan poderoso como infame?

Europa sigue siendo, sin embargo, un referente importante para mí, a veces aun a pesar de ella. Como tantos cubanos, he conocido y apreciado mucho sus movimientos dirigidos al desarrollo y la búsqueda de la felicidad de la persona y de los pueblos, sus literatos, filósofos, compositores de música, científicos y poetas, y también sus estupendas invenciones y técnicas. Y no quiero creer que la cultura productora de los sistemas de ideas de la modernidad y de los movimientos que la pusieron en marcha, se conforme con ser un elegante pasado en el menesteroso y humillado mundo actual. Entonces, en el mes de la Bastilla y el Moncada, espero y la saludo. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n117_08/117_04.html



Antonio Elorza
El País

cuartelazo del moncada cartas al director

El domingo 20 fue publicado un artículo mío con motivo del aniversario 50 del asalto al cuartel de Moncada, punto de arranque de la Revolución cubana. En su interior hay una errata al dar la fecha de 13 de agosto de 1924 para el nacimiento de Fidel, cuando parece haber sido el mismo día y mes de 1926: por cierto, en mi original yo no di ni la una ni la otra, como tampoco, lógicamente, hablé de «la toma del Moncada», que no fue tomado.

Y por fin, el título: «El cuartelazo que parió el castrismo» tampoco es mío. Me importa subrayarlo porque a mi juicio el asalto de unos civiles a un cuartel no es un cuartelazo. Entiendo por cuartelazo el golpe militar ejecutado a partir de la sublevación de uno o varios acuartelamientos, lo cual encaja con el golpe de Batista en 1952, pero no con la acción de Fidel Castro. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n116_07/elgranzoo.html



el alivio del hombre BLANCO

Viene de la página primera

Mató comunistas en masa en los años 70, lo que a nos molestó para nada. Luego masacró a decenas de miles de iraquíes durante la guerra con Irán —cuando lo apoyábamos. Innumerables fosas comunes que están siendo descubiertas proceden de ese período. Desde luego, los verdaderos asesinos nunca miran atrás.

La administración, sin embargo, se preocupó solo de cómo acelerar la guerra. Se apresuraron por encontrar numerosas razones justificables. Los iraquíes constituían una amenaza nuclear, estaban cargados de armas de destrucción masiva, trabajaban estrechamente ligados con Al-Qaeda, incluso habían sido los genios malvados tras el 11-S. Las razones ofrecidas al público estadounidense resultaron ser superficiales, no verificables y carentes de la *realpolitik* de nuestra necesidad de agarrar el Medio Oriente por muchas razones, además de Israel-Palestina. Tuvimos que hacer tragar la guerra con fraudes.

La enormidad de la falsificación podría ser mejor interpretada como un reflejo del inmenso daño que el 11-S causó a la moral de EE.UU. particularmente a su núcleo —la corporación. Toda la gente de la organización: superiores e inferiores, gerentes, jefes de división, secretarías, vendedores, contadores, especialistas de marketing, oficinistas corporativos, además de todos los que tenían parientes, amigos o compañeros de escuela que trabajaban en las Torres Gemelas, la conmoción les afectó los fundamentos de la psique estadounidense. Y la clase trabajadora se identificó con los que fallecieron combatiendo el incendio: los bomberos y los policías, todos instantáneamente ennoblecidos.

Fue un filón de oro político para Bush siempre que lograra dar a los millones —¿o mejor dicho a las decenas de millones? —, que se identificaban directamente con los incinerados en las Torres Gemelas, un sentido adecuado de venganza. Cuando Osama Bin Laden no pudo ser capturado por las partidas que enviamos a Afganistán, Bush fue devuelto a los problemas interiores existentes que no parecían poder ser solucionados fácilmente. La economía se hundía, el mercado estaba por los suelos y algunos bastiones clásicos de la fe estadounidense (integridad corporativa, el FBI y la Iglesia Católica, para mencionar solo tres) todos habían sufrido una atroz pérdida de prestigio. El aumento del desempleo socavaba la moral nacional. Ya que es concebible que nuestra administración no haya estado dispuesta a solucionar ninguno de los serios problemas a que se enfrentaba si el resultado no producía un enriquecimiento de los de arriba, era natural que se sintiera motivada a lanzarse a empresas más importantes, iacometer a una guerra empírea! Podríamos decir que nos lanzamos porque necesitábamos desesperadamente una guerra exitosa, como una especie de rejuvenecimiento psíquico. Se podía utilizar cualquier excusa de peso —la amenaza nuclear, los nidos de terroristas, las armas de destrucción masiva— después de todo podíamos terminar utilizando la disculpa de que estábamos liberando a los iraquíes. ¿Quién podía disputarlo? Imposible. Solo quedaba por preguntar: ¿Cuál será el costo para nuestra democracia?

Dejemos por sentado que la administración sabía algo que muchos de nosotros no sabíamos —sabía

que teníamos un grupo de fuerzas armadas muy bueno, tal vez incluso extraordinariamente bueno, aunque esencialmente no haya sido puesto a prueba, militares expertos, disciplinados, bien motivados, concentrados en su carrera y dirigidos por un equipo de oficiales que era inteligente, elocuente y considerablemente menos corrupto que cualquiera otra cohorte del poder en EE.UU.

En una semejante situación extrema, ¿cómo no iba a utilizarlos la Casa Blanca? Levantarían la moral de un elemento esencial de la vida de EE.UU.: esas decenas de millones de estadounidenses que habían sido heridos espiritualmente por el 11-S. También podían servir a un grupo aún mayor, que había sido cerca de un 50 por ciento de la población y que continuaba siendo fundamental para la base política del Presidente. Ese grupo había sido realmente afectado. En cuanto a su ego colectivo, el buen estadounidense promedio, varón y blanco, había vivido muy poco que reflotara su moral después del deterioro del mercado laboral, nada, en realidad, a menos que fuera miembro de las fuerzas armadas. Allí, la situación era evidentemente diferente. Las fuerzas armadas se habían convertido en el equivalente paradigmático de un grandioso joven atleta que deseaba poner a prueba su auténtica dimensión. ¿Podría ser que haya habido por ahí en los quintos infiernos un sujeto hecho a la medida y que su nombre era Iraq? Él tenía la reputación de un duro, pero no le quedaba mucha sustancia. Un adversario ideal. Una guerra del desierto está como hecha para una fuerza aérea cuya condición es comparable en su perfección a una modelo de moda de primera línea sobre una pasarela. Sí, liberaríamos a los iraquíes.

Así que nos lanzamos contra todos los obstáculos —el primero era la ONU. Sin ningún miramiento, desvergonzadamente, orgullosamente, eufóricos, por lo menos la mitad de nuestro EE.UU. prodigiosamente dividida podía esperar a duras penas que comenzara la nueva guerra. Comprendimos que nuestro entrenamiento en la televisión iba a ser tremebundo. Y lo fue. Estéril, pero tremebundo —lo que, después de todo, es exactamente lo que se supone que sea una buena televisión en cadena y por cable.

Y hubo otros factores para utilizar nuestra pericia militar, menores pero importantes: esos motivos nos vuelven a conducir al continuo malestar del varón blanco estadounidense. Había estado sufriendo una paliza diaria durante los últimos treinta años. Para mejor o para peor, el movimiento femenino ha logrado éxitos trascendentales y el viejo, fácil ego del varón blanco, se ha marchitado bajo su brillo. Incluso el consuelo de animar su equipo ante la televisión había sido desilusionado. Para muchos, daba ahora menos placer que antes mirar los deportes, una pérdida clara y declarable. Las grandes estrellas blancas de antaño habían desaparecido en su mayor parte, desaparecido del fútbol americano, del baloncesto, del boxeo y medio desaparecido del béisbol. El genio negro prevalecía ahora en todos esos deportes (y los latinos se imponían rápido, incluso los asiáticos estaban comenzando a impresionar). A nosotros los hombres blancos nos dejaban ahora con la mitad del tenis (por lo menos su mitad masculina) y también podría mencionar el hockey sobre hielo, el esquí, el fútbol, el golf (con la notable excepción del Tiger), así como el lacrosse, el atletismo, la natación y la Federación Mundial de Lucha —residuos de lo que era una grande y gloriosa aglutinación atlética blanca.

Desde luego, hubo entusiastas del deporte que adoraban a las estrellas de sus equipos favoritos sin consideración de su raza. Algunas veces, incluso, les gustaban más los atletas negros. Esos varones blancos tendían a ser liberales. No le servían a Bush. Tenía que preocuparse de su electorado más inmediato. Si poseía una fuerza oculta, era su conocimiento de las cosas íntimas que preocupaban más a los varones blancos estadounidenses, precisamente los asuntos que no siempre estaban dispuestos a

admitirse ellos mismos. Lo primero fue que las personas en la onda del deporte pueden llegar a ser adictos de la victoria. El deporte, la ética corporativa (la publicidad) y la bandera de EE.UU. se han convertido en un triunvirato de «lucha por la victoria» que ha desarrollado muchas conexiones psíquicas con los militares.

Después de todo, la guerra fue, con todo lo demás, la extrapolación más dramática y seria del deporte. El concepto de la victoria puede ser visto por algunos como la especie más noble de ganancias en unión con el patriotismo. Así que Bush sabía que una gran victoria era un camino fácil que daría resultados en el caso del varón blanco estadounidense. Si los negros y los latinos en las filas reclutadas eran representativos de su proporción en la población, aún no constituían una mayoría y las caras del cuerpo de oficiales (como las vemos en la televisión) sugieren que el porcentaje de blancos aumenta a medida que alguien asciende en rango. Además teníamos mandos en demolición de tanques, súper marines y la mejor baza —la mejor fuerza aérea que haya jamás existido. Si no podíamos encontrar nuestro machismo en ninguna otra parte, ciertamente podíamos contar con la interrelación entre combate y tecnología. Permítanme que lance la ofensiva sugerencia de que puede haber sido una de las razones encubiertas pero reales por las que deseábamos la guerra. Sabíamos que probablemente sería algo que nos haría quedar bien.

Mientras tanto, sin embargo, entre todos los rápidos acontecimientos de los últimos meses, nuestros militares sufrieron una metamorfosis. Por cierto, fue una transformación del diablo. Pasamos, sea como sea, de ser un atleta potencialmente grande a servir como médico interno en intensiva al que se le exigía que operara a alta velocidad a un paciente terriblemente enfermo lleno de frustración, indignación y violencia. Ahora, e incluso mientras están co-siendo un poco al paciente, se presenta una nueva e inquietante pregunta: ¿Se ha desarrollado alguna medicina nueva para tratar lo que parece ser una serie de infecciones? ¿Sabemos realmente cómo tratar supuraciones amoratadas? ¿O sería mejor seguir confiando en nuestra inmensa suerte estadounidense, nuestra fe, en nuestra suerte de poder hacerlo todo, divinamente protegida? Somos, por costumbre, belicosos. Si esas supuraciones resultan ser incontrolables, o demasiado costosas en cuanto a tiempo, ¿no podríamos dejarlas atrás? Podríamos pasar al próximo destino: Siria, podríamos declarar con nuestra mejor voz de John Wayne: Ustedes pueden correr, pero no se pueden ocultar. Arabia Saudí: Ustedes, depósito sobreestimado de grasa, ¿nos necesitan más

que nunca? E Irán: Cuidado, los estamos mirando. Ustedes harían una verdadera merienda. Porque cuando combatimos, nos sentimos bien, estamos listos para lanzarnos y ya verán. Le hemos tomado gusto. Claro, hay un canasto lleno de miles de millones esperando en el Medio Oriente, mientras podamos escaparnos de los billones en deudas que nos esperan en casa.

Digámoslo bien claro: los motivos que conducen a los principales actos históricos de una nación probablemente no ascienden a más que el entendimiento espiritual de su liderazgo. Aunque puede que George W. no sepa tanto como cree que sabe sobre las disposiciones de la bendición divina, sigue igual conduciéndonos a alta velocidad: un hombre al volante cuyo alarde más legítimo probablemente sea que sabe cómo convertir la propiedad parcial de un equipo de béisbol de la liga nacional en una victoria en la elección para gobernador de Texas. ¿Y podremos llegar a olvidarlo algún día? —fue catapultado, mediante astucias legales y engaños, a un cántico— ahora algo maculado, pero aún todopoderoso: ¡Viva el Jefe!

No, no ascenderemos más alto que el entendimiento espiritual de nuestros dirigentes. Y ahora que el ardor de la victoria ha comenzado a enfriar, algunos verán que tenía fallas. Porque somos víctimas una vez más de todas esas ciencias de la publicidad que dependen de la mendacidad y de la manipulación. Hemos sido embaucados sobre los verdaderos motivos para esta guerra, halados y empujados por algunos de los mejores engañabobos para que sigamos creyendo en una contienda noble y necesaria cuando, en realidad, el contrincante era un imbécil ahuecado cuyas monstruosidades degeneraban hacia la vejez.

Tal vez no era tan viejo. Tal vez Sadam tomó la decisión de pasar a la clandestinidad con toda la riqueza que había substraído y de financiar a Al-Qaeda o a algún apéndice en algún tipo de cooperación con Osama Bin Laden —un nuevo equipo clandestino, los Mellizos Terroristas Incompatibles. Es una hipótesis tan insana como el mundo en el que comenzamos a vivir.

La democracia, más que cualquier otro sistema político, depende de un atisbo de honradez. En última instancia, está en gran parte a la merced de un líder que nunca se ha puesto por sí mismo en una situación embarazosa. ¿Qué se va a decir de alguien que pasó dos años en la Fuerza Aérea de la Guardia Nacional (para no tener que ir a Vietnam) y que actuó como muchos otros hijitos de su papá mimados y acaudalados —sin darse la molestia de presentarse para cumplir con su deber en su segundo año de servicio? La mayoría de nosotros tenemos episodios de nuestra juventud que nos pueden dar vergüenza cuando pensamos en ellos. Es una señal de madurez el que no tratamos de aprovechar nuestras tempranas fallas y vicios, sino que hacemos lo posible por aprender de ellos. Bush, sin embargo, procedió a convertir su declaración del fin de la campaña iraquí en un impresionante desfile de modas. Escogió —ese clon por una noche de Abe el honesto (Abraham Lincoln) sobre la cubierta del portaaviones Abraham Lincoln en un Viking jet S-3B que llegó con un dramático aterrizaje con el *tail hook* bajado. El portaaviones estaba bien dentro del alcance de un helicóptero desde San Diego, pero G.W. no hubiese podido exhibirse en ropajes de vuelo y por lo tanto no hubiera podido demostrar lo bien que le iba el uniforme que no había honrado. Jack Kennedy, un héroe de la guerra, siempre anduvo de civil mientras era comandante en jefe. Lo mismo hizo el general Eisenhower. George W. Bush, que hubiese podido, si hubiera estado solo en el mundo, ser un modelo masculino de clase mundial (ya que nunca sale mal en una foto), procedió a ponerse el casco de aviador y a lucir el traje de vuelo. Ahí estuvo para su sesión fotográfica viéndose como otro tío sensacional más junto a los tíos sensacionales. Esperemos que nuestra democracia sobreviva ese bombardeo de suciedad en su propio nido. ■

Traducido para *Rebelión* por Germán Leyens

http://www.lajiribilla.cu/2003/n115_07/115_04.html



Salvo algunos dinosaurios intelectuales, muchos escritores, periodistas y académicos han vuelto a introducir el concepto de imperialismo en sus análisis de la estructura de poder mundial. Las discusiones que se centraban en la «hegemonía» han resultado inadecuadas para explicar el nuevo énfasis que los constructores del imperio estadounidense ponen en la coerción militar, la invasión y la ocupación, y en el dominio impuesto por la fuerza. Hace 50 años la Cepal describió la economía mundial en términos de «centro» y «periferia», y veinte años después los teóricos del sistema mundial añadieron una semiperiferia. La mayoría de los escritores críticos del mundo contemporáneo ya no encuentran utilidad alguna en estos términos, privados desde hace mucho de una especificidad histórica, de clase o de Estado.

Todas las preguntas importantes que nos confrontan hoy respecto de la naturaleza y dirección de las relaciones internacionales de poder, la naturaleza de los conflictos, las conquistas y las resistencias que se multiplican giran en torno de la naturaleza y la dinámica del imperialismo, en particular el de la potencia más agresiva y poderosa: Estados Unidos.

Se han formulado preguntas fundamentales sobre la sustentabilidad del imperio estadounidense, por lo menos en su actual estructura militar y económica. En su forma simple, la pregunta más común es si el imperio estadounidense se encuentra en ascenso o en decadencia. Si bien en la superficie esta parece ser la «cuestión central», en realidad oscurece preguntas más esenciales que deben abordarse, referentes a las relaciones entre las economías y las políticas nacionales y el imperio, a las relaciones de clase y políticas que sostienen a este y las que se le oponen, y a la capacidad política del imperio para sostener la expansión hacia el exterior y la decadencia interna. Alegar, como algunos académicos, que el imperio declina porque está sobreextendido (Kennedy, Hobsbawm, Wallerstein) es pasar por alto la capacidad de la clase gobernante imperial de continuar reasignando recursos de la economía nacional al imperio; las duraderas instituciones estatales, mediáticas y partidistas que propician la continuidad de la construcción imperial y, de manera más importante, la capacidad de reclutar clientes que sirvan al imperio.

La dinámica y continua expansión imperial, que incluye la conquista militar de tres regiones (los Balcanes, Afganistán e Iraq), se lleva a cabo con la aprobación activa de la gran mayoría de los ciudadanos estadounidenses, que padecen los peores recortes sociales y económicos en los programas gubernamentales y la legislación fiscal más regresiva de la historia reciente. Está claro que se equivocaban los comentaristas impresionistas que pretendieron ver en las ocasionales manifestaciones masivas en Seattle, Washington y otras ciudades contra la globalización y la guerra en Iraq un desafío al imperio y un signo de su debilitamiento. Una vez iniciada la conflagración, las grandes manifestaciones terminaron y no existe ningún movimiento de masas que se oponga a la sangüinaria ocupación colonial o apoye la resistencia anticolonial.

Igualmente grave, desde la perspectiva metodológica, es que los críticos del poder del imperio sean incapaces de explicar la naturaleza global de la doctrina imperial, que consiste en librar guerras «en todos lados y por el futuro previsible», conforme con la doctrina Bush. Aferrados al objetivo más visible y obvio —en el caso de Iraq, el petróleo—, los críticos activistas pasan por alto los múltiples sitios de continua intervención militar imperialista en América Latina, África y Asia (Colombia, Djibuti, Filipinas, etcétera). El petróleo es un componente importante de la construcción imperial, pero también lo es el poder, el control y la dominación de los clientes y de los estados rivales e independientes.

Para entender con propiedad la agresión política y militar global de los constructores del imperio estadounidense, debemos enfocarnos en el alcance y extensión del imperio económico de ese país. A fin de comprender adecuadamente si el imperio estadounidense está en decadencia o en expansión debemos distinguir entre la economía doméstica y la economía internacional, que es la que constituye propiamente el imperio.

El imperio económico de EE.UU.

Uno de los parámetros clave de las dimensiones económicas del imperio estadounidense es el número y porcentaje de sus corporaciones transnacionales y bancos. Casi todos los analistas económicos coinciden en que las transnacionales son la fuerza motriz de la economía mundial, las instituciones centrales de las

de siete billones 445 mil millones de dólares, contra cinco billones 141 mil millones de dólares de las otras. Las transnacionales estadounidenses tienen un valor de mercado superior al doble de sus competidoras más cercanas, las europeas.

El argumento en favor de la tesis de que existe un imperio económico estadounidense consolidado y en expansión se ve realizado si examinamos los ocho principales sectores de la economía mundial, que son banca, industria farmacéutica, telecomunicaciones, hardware para la tecnología de la información, petróleo y gas, software y servicios de cómputo, seguros y cadenas de autoservicio. Las transnacionales estadounidenses constituyen mayoría entre las que ocupan los primeros lugares en cinco sectores, conforman el 50 por ciento de uno de ellos (petróleo y gas) y solo son minoritarias en un sector (seguros).

La misma pauta se puede observar si examinamos la llamada «vieja economía», en la cual las transnacionales estadounidenses —entre ellas las de las industrias minera, petrolera, automotriz, química y de bienes de consumo— suman 45 de los cien consorcios líderes. Entre las principales 45 relacionadas con la manufactura, Estados Unidos tiene 21, Europa 17, Japón

cinco y el resto del mundo dos. Estados Unidos tiene la compañía que ocupa el escalón más alto en 23 de 34 grupos de industrias, y sus transnacionales controlan casi 59 por ciento de las principales empresas extractivas y manufactureras, casi tantas como los consorcios europeos y japoneses juntos. La principal área de debilidad estadounidense es el sector electrónico, donde ese país solo posee dos de las 23 firmas líderes.

En la medida que las transnacionales son el fundamento y la fuerza motriz de la construcción del imperio económico, está claro que Estados Unidos sigue dominando, controlando, y que muestra pocos signos, o ninguno, de «debilitamiento», «decadencia» o pérdida de posición frente a Japón o Europa. La tesis de una economía «sobreextendida» o «decadente» tiene pocas bases. La reciente burbuja especulativa solo ha afectado a algunos segmentos del sector de la tecnología de la información, pero esto se aplica también a los competidores de Estados Unidos. Además, mientras ese sector declinó, los de la «vieja economía» se han expandido. E inclusive dentro de los sectores de la tecnología de la información ha habido un proceso de concentración y centralización del capital, en el que Microsoft, IBM y unos cuantos gigantes estadounidenses más, han mejorado posiciones en tanto muchos otros decayeron.

Si bien los fraudes y la corrupción han afectado la confianza de los inversionistas en las transnacionales estadounidenses, también ha ocurrido así en Europa y Japón. El resultado ha sido una declinación general en las evaluaciones de mercado de todas las transnacionales de los centros imperiales en competencia (Estados Unidos, Unión Europea y Japón). La disminución global de la valuación de mercado es evidente si comparamos los totales entre 2002 y 2003: en 2002 el valor neto era de 16 billones 250 mil millones de dólares, en comparación con 12 billones 580 mil millones en el 2003, una caída de 22, 6 por ciento. Sin embargo, aproximadamente el 50 por ciento de esta disminución se experimentó en el sector de hardware para la tecnología de la información.

Lo que es necesario enfatizar es que las «contradicciones» que amenazan al imperio no son simples deducciones económicas a partir de un supuesto «imperio sobreextendido» que presumiblemente impulsará a «la gente» a derrocar a la elite constructora del imperio, o forzará a sus dirigentes a repensar su proyecto imperialista. El imperio estadounidense está construido y apoyado por los dos principales partidos políticos, por todas las ramas del gobierno, y ha seguido una trayectoria ascendente vía guerras imperiales, conquistas coloniales y expansión de las transnacionales, en particular desde la derrota en las guerras de Indochina. Las derrotas imperiales y los momentos de decadencia son resultado directo de las luchas políticas, sociales y militares, la mayoría de las cuales han tenido lugar en América Latina y Asia, y en menor medida en Europa y Norteamérica. ■

Traducción para *La Jornada* por Jorge Anaya

http://www.lajiribilla.cu/2003/n117_08/117_20.html

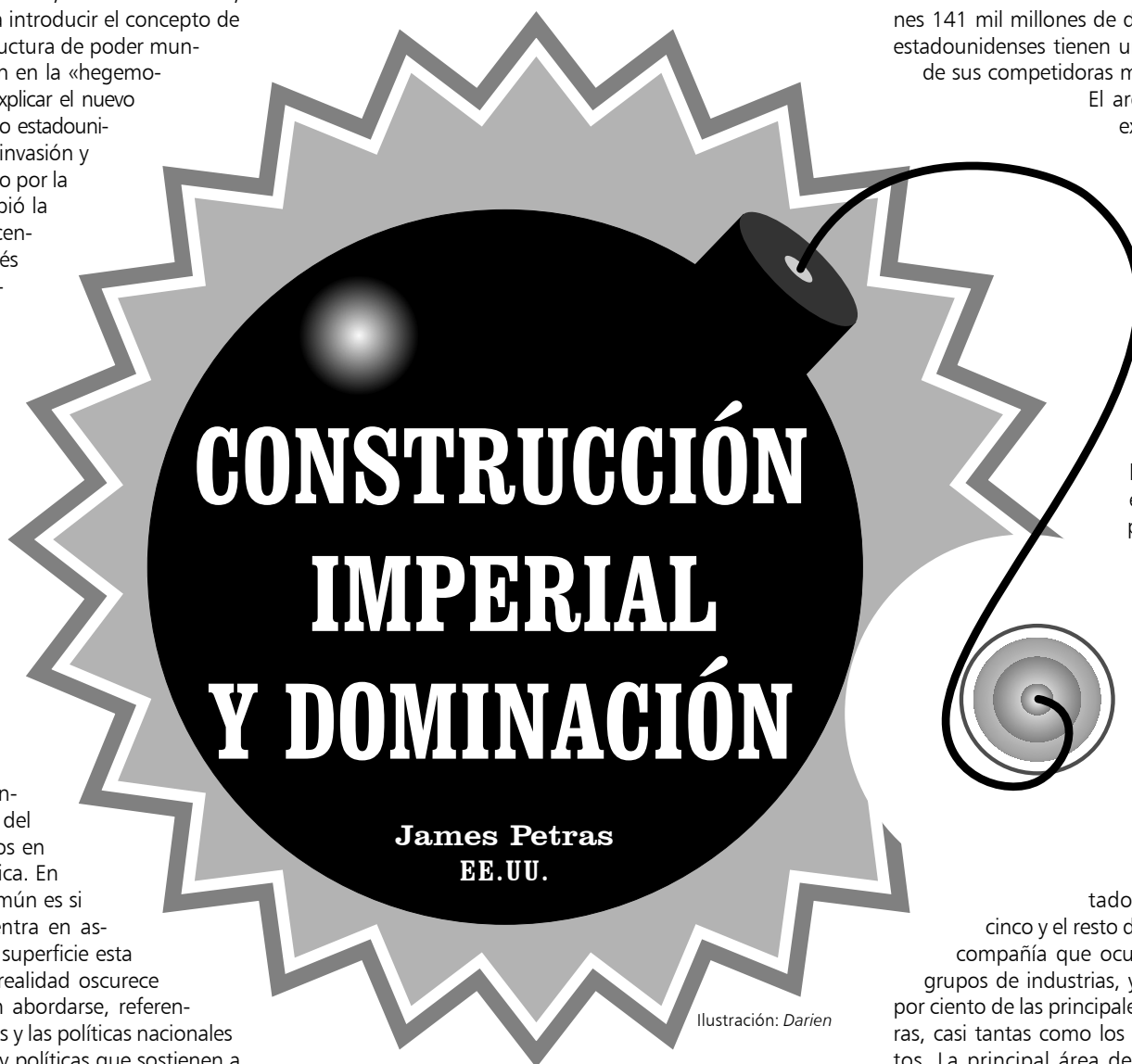


Ilustración: Darien

inversiones internacionales, las transacciones financieras y el comercio mundial. Algo igualmente importante es que ningún Estado puede aspirar a la dominación mundial si sus principales instituciones económicas, las transnacionales, no ejercen un papel de liderazgo en la economía del planeta. Cualquier discusión sería sobre el presente y el futuro de la supremacía imperial estadounidense tiene por fuerza que analizar la distribución del poder entre las transnacionales en competencia.

Existen varias formas de medir las «transnacionales líderes». He seguido el enfoque del *Financial Times* y utilizado los datos que ese medio ha compilado. Califica las empresas según su capitalización de mercado, es decir, el valor en acciones de cada compañía. Mientras mayor sea el valor de mercado de una empresa, más alta será su calificación. La capitalización de mercado se obtiene multiplicando el precio de cada acción por el número de acciones emitidas. Solo se incluyen las empresas en las que las acciones libres exceden de 85 por ciento del total, con lo cual se excluyen las compañías en las que un alto porcentaje del capital está en manos del Estado o de familias.

Las transnacionales estadounidenses dominan la lista de las 500 principales empresas del mundo. Casi la mitad de las mayores transnacionales (48 por ciento) son de propiedad y dirección estadounidenses, casi el doble del competidor regional más próximo, Europa, con 28 por ciento. Las transnacionales de propiedad japonesa representan solo un 9 por ciento, y el resto de Asia (Corea del Sur, Hong Kong, India, Taiwán, Singapur, etcétera) posee en conjunto menos del 4 por ciento de las 500 firmas y bancos principales. La concentración del poderío económico es aún mayor si nos fijamos en las principales 50 transnacionales, de las cuales el 60 por ciento son de propiedad estadounidense, y es todavía más evidente al examinar las 20 mejor situadas, de las cuales más del 70 por ciento son de ese país. De las primeras 10, Estados Unidos controla el 80 por ciento.

Muchos analistas impresionistas, para quienes el descenso de los valores de mercado de las transnacionales estadounidenses es indicativo de una declinación de la posición estadounidense en el planeta, no se dieron cuenta de que el valor de mercado de las transnacionales de Europa, Japón y el resto del mundo también bajó —en igual o mayor grado—, lo cual neutralizó el efecto de la caída de los consorcios estadounidenses en su preponderancia global.

Podemos examinar otras formas de medir el persistente y consolidado poderío económico del imperio estadounidense. Si comparamos la capitalización neta de las transnacionales de ese país que figuran entre las primeras 500 del mundo con las de otras regiones, encontramos que el valor de esas compañías estadounidenses excede el valor combinado de todas las demás regiones. La valuación de las transnacionales estadounidenses es

una **barca** **dentro** **de** **una** **tempestad**

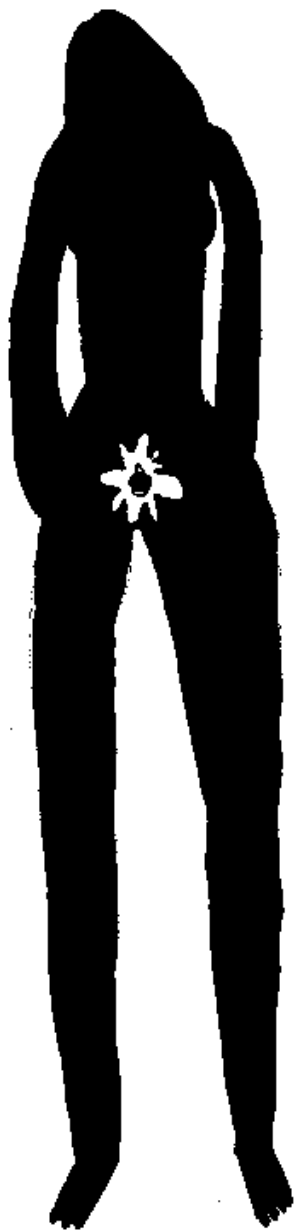
Omar Valiño
Cuba

Un muro alto y adusto es el telón de fondo de *Roberto Zucco*. Un muro manchado de impurezas y suciedades humanas. Quiere recordarnos tal vez esas paredes, en principio, improvisadas con planchas de zinc que luego se van haciendo fuertes, definitivas, eternas. Paredes imposibles de atravesar. Muros abiertos solo a sucesivos muros. Ofrecen como opción la tentativa de saltar, a riesgo de la vida.

Alain Ortiz visualizó con excelencia ese universo de ideas, lo inscribió en «su» muro. Hermoso en su fealdad, como reclama el arte, es el borde que crea, apoyado en la iluminación de Manolo Garriga, casi todos los espacios dentro de la escena, espacios idénticos y cambiantes a un mismo tiempo, demostrativos de los firmes límites a los cuales se enfrentan los personajes.

Tratando de evadir uno de ellos, la cárcel física, hallamos a Zucco en la primera escena. Pero también en lo sucesivo intenta escapar de todos los que aparecen en su camino y de todo cuanto lo rodea. En realidad, intenta huir de sí mismo. Con ese anhelo enfrenta al mundo.

El dramaturgo sintetiza ese «mundo» en quince cuadros (según mi visión de la dramaturgia del espectáculo, pues no conozco el texto original). A la manera de Brecht y de Genet, Bernard-Marie Koltés crea escenas autónomas, cerradas en sí mismas, mas con una ilación fuerte: la aventura de un Roberto Zucco vagando por la ciudad, conociendo los círculos de «su» infierno. Pero tal estructura no obedece únicamente al interés de *mostrar* al protagonista y sus avatares; el autor francés crea atrayentes situaciones con plenitud y dominio absolutos de los recursos que el teatro precisa para ser: oposición clara de caracteres, personajes con objetivos precisos, debates de ideas vinculados a la acción, sencillez, belleza y eficacia de la palabra...



Así, es hermosa la historia de la familia de La Chiquilla, esa muchacha rebelde que le entrega su virginidad a Zucco como protesta contra el destino labrado por Su Hermana y Su Hermano bajo el techo de su casa de locos, y también ese señor Mayor atrapado en la estación del metro y la derrota de La señora Elegante.

La obra conviene a los intereses de Carlos Celdrán. No por gusto en ella cifró su «ruptura» de 1995 dentro de las filas del Teatro Buendía, donde se formó, aunque ahora nos presente un montaje radicalmente diferente de aquel. Y es que esa estructura relativamente descentrada, la inmersión en lo marginal, el dibujo psicológico (no psicologista) de los caracteres, la construcción de la imagen desde la parquedad, la función de la palabra en el discurso son características tanto de la pieza de Koltés como de la estética que Celdrán ha ido proponiendo con Argos Teatro.

Si todo ello opera gracias a la poderosa figura de un personaje, mejor. Roberto Zucco va dejando tras de sí perseguidores, conversaciones, amores, encantamientos, peleas y cadáveres. Posee diversos rostros, no creo que máscaras porque es sincero a su manera. Le ofrece uno distinto a cada quien, al parecer según las circunstancias. Quizás por eso quiere ser transparente, invisible. Con El señor Mayor es «normal», suave, reflexivo; con Su Madre malcriado y pérfido; con La Chiquilla débil, entregado e ingenuo; con La señora Elegante, miedoso y estúpido; en sus asesinatos es frío y eficaz. Vamos conociendo la «biografía» del personaje por fragmentos, que es la forma elegida por el autor para presentárnosla. De manera que la pieza procede a través de una estructuración «paralela» a su propia instauración del conocimiento.

Caleb Casas es capaz de registrar y transmitir las ambigüedades de Zucco, mejor la zona de cierta locura infantil, soñadora que el odio y la maldad conducentes a la rabia. Zulema Clares, como la hermana de La Chiquilla, se entrega toda, fuerte, visceral, creíble, regalándonos un memorable monólogo, en el cual el personaje descarga toda su furia contra el «macho» ontológico y contra aquel que le ha robado el amor de su hermanita, al que ella aspiraba. Yailene Sierra, en La señora Elegante, diseña a la perfección su personaje, así como José Luis Hidalgo destaca en los roles asumidos. Junto a ellos, Carlos Celdrán ha colocado a otros de sus actores habituales, como Verónica Díaz, nuevas incorporaciones al grupo y varios de sus estudiantes de actuación del Instituto Superior de Arte, mezcla variopinta que, por supuesto, acusa desniveles, sobre todo, de estilo; si bien constituye también un signo de la contradicción entre deseo y posibilidad que acusa la escena cubana.

Es decir, o se trabaja asumiendo carencias o no se trabaja.

Aún así, no creo que en ello residan los déficits observados en el espectáculo. La noche del estreno, *Roberto Zucco* me resultó decepcionante, justo porque siempre voy al teatro de Carlos con la más alta expectativa. El conjunto de actores padecía, vencido, frente a un artesanado que los devoraba, a ellos y a la dinámica toda de la puesta en escena. Apenas pude apreciar objetivos y valores, solo destellos del montaje por venir. Volví al final de la temporada, infelizmente corta como casi todas, imposibilitado de seguir creciendo, y el espectáculo había cambiado. Es, digamos, el hasta ahora descrito en sus méritos y atracciones.

Falta en él, sin embargo, síntesis y concentración, no para «acortar» un tiempo de duración plausible, sino para desterrar del montaje aquello que lo torna desigual y, por tanto, lo maltrata como resultado final. Aquello, en definitiva, que le impide ser más relevante en medio del infeliz panorama

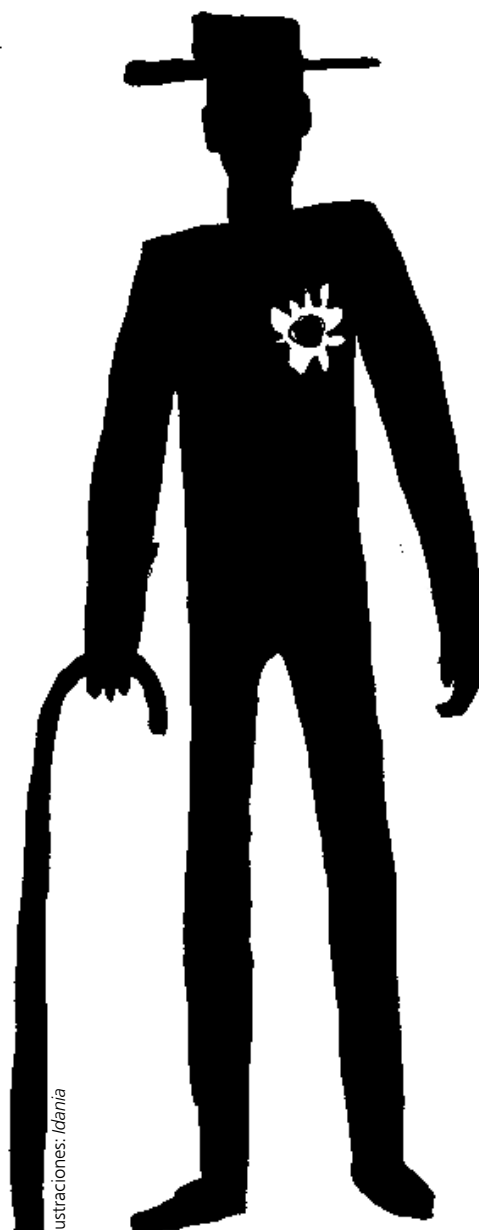


teatral de hoy. Me refiero, por ejemplo, a las escenas innecesarias del prostíbulo, portadoras apenas de un par de informaciones dramáticas perfectamente resolubles mediante los enlaces. Esos cuadros carecen, al menos en la puesta, de la intensidad perceptible en otros, además de resultar un tanto deshilvanados, feos, sin relación con la espacialidad creada por el muro, al principio referida, que no debió ser ignorado en ellas, una vez incluidas, como elemento organizador de la visualidad del espectáculo, aquí afectada por un vestuario irresuelto (que, en general, no está a la altura del oficio de Vladimir Cuenca) y un débil entramado de las imágenes de grupo, problema tampoco ajeno al resto de ellas en el montaje.

Si *Roberto Zucco* mantuviera la concentración apreciable en escenas como las del metro o el monólogo de Zulema, y la dinámica de las del Parque o la de la Casa de La Chiquilla, fuera un espectáculo memorable, como sus mejores momentos. Quién sabe, tal vez lo pueda ser en el futuro...

Porque Zucco mismo es un personaje tremendo, inolvidable. Él y su historia, desde su sencillez de lugar común, nos recuerdan esa abarcadora soledad a la intemperie. De aquí, de allá, de cualquier parte. Yo lo recuerdo así, en posición fetal en el suelo, indefenso, solo, poco antes de lanzarse desde el muro hacia el vacío. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n117_08/proscenio.html



Ilustraciones: Ibánia

la Gaceta roja



Ilustración: David

Rufo Caballero
Cuba

La cuarta entrega de *La Gaceta de Cuba* en 2003 se presenta mal. Quiero decir, con una mala portada. La excelente pieza de José Ángel Vincench que avisa de un lúcido artículo de José Manuel Noceda, quien se las arregla para explicar la difícilísima obra del artista —hubiera estado bien en cualquier sitio menos en la portada— porque sus fuertes no son precisamente el énfasis, la jerarquía visual y la comunicabilidad que hacen parte del diseño. Llama la atención esta portada pasiva en el entorno de la revista cubana que exhibe el mejor concilio posible entre la asesoría y la dirección de arte, el diseño y el criterio editorial.

Hasta donde lo permiten los súbitos humores habaneros, *La Gaceta de Cuba* pasea el mejor trabajo de equipo que conocen las publicaciones de este país. También en este número la dinámica del diseño interior hace olvidar la mala cara: la movilidad física de los títulos, donde se resaltan las palabras y con ellas las ideas claves, en ocasiones sencillamente para jugar, pero en otras para ofrecer una elemental muestra de intencionalidad que sin embargo falta en muchas de las otras revistas, cuyos diseñadores no parecen tener la menor noción sobre el tono o el registro del texto; el aprovechamiento expresivo del negro como fondo y la gradación tonal de los grises; la apertura de la imagen a página, que rebasa la estética de carnet al uso; la fragmentación de las fotos, que dejan de ser imágenes definitivas o cerradas en sí mismas; hasta que uno se encuentra, ya en la sección de Crítica, dándole a la revista las vueltas físicas que antes le diera en la mente.

A pesar del amarillo vencido, pastoso, de la portada, este número va a quedar como «La Gaceta Roja». El gran tema interior es en este caso, con independencia del dossier que abre la edición y de otros agrupamientos más o menos explícitos, el diálogo cultura-política. Abierta, frontal, francamente, sin los disimulos de otras ocasiones, y creo que no hay el menor problema en que así sea (por esta vez, claro), siempre que las respuestas a los interrogantes que emanan de ese dueto son diversas, ensanchadoras a partir del contraste. El artículo que presiento va a quedar como emblema del número es «El radicalismo intelectual», donde Julio César Guancho encuentra el modo de potenciar el pensamiento de Julio Antonio Mella criticándolo fuertemente, y sobre todo, entendiéndolo como un asidero para interpretar el presente. El texto de Guancho es sobre Mella y no es sobre Mella. No más les adelanto la candente derivación que sigue: «la radicalización o la renuncia son los únicos caminos que le quedan a las revoluciones cuando son llevadas al borde por las fuerzas que las combaten». Ya saben, hay que leerse detenidamente al intencionado de Guancho.

Dean Luis Reyes arremete contra el proyecto de la teleología insular en su texto «La nación viajera». No tengo que decir que no estoy muy de acuerdo con el estallido crítico de Dean, que me conduciría a renunciar bastante a Lezama. Y eso nunca; pero la convergencia o menos es secundaria, en relación con la perfecta congruencia con que el autor urde su manifiesto (así llama a su texto), en el que estima que algunas obras actuales, *Video de familia* con mucha fuerza entre ellas, dinamitan el viejo proyecto del dibujo de un destino para la ínsula sobre la comprensión de unas causas y unos cimientos de la nación. No creo que la cosa llegue a tanto; en mi criterio, estas obras cuanto desautorizan es el fundamentalismo compacto en que tantas veces se ha expresado el proyecto, pero no al proyecto mismo. De cualquier modo, hay que leer con atención el texto borde de Dean, escrito además en ese estilo desenfadado que le conocemos, y que sumerge todo el tiempo a la lectura en una indeclinable sensación de subversión.

El tenso y a ratos confortante diálogo entre cultura y política, es también abordado por Alfredo Prieto en su comentario «Ese (otro) ruido en el Estrecho», que denuncia el sacrificio del diálogo que hasta ayer trataba de encubrir la aridez de la política de Estados Unidos hacia Cuba. Apoyado en la genial idea de Martí acerca de que en política lo real es lo que no se ve, Alfredo desmiembra el tejido de eufemismos con que la proyección de la política exterior norteamericana ha ido aflojando o apretando la cosa; bien que se sienta, como por debajo, lo bravos que estamos todos porque hace algunos meses nos niegan la visa para irnos a donde los gringos.

Cuatro jugosas entrevistas hacen lo suyo a propósito del mismo sujeto, de la misma enunciación que recorre todo este número. «El rojo en la pluma del Chava», de Emilio Comas, es una excelente entrevista, que yo hubiera titulado de otro modo, pero

que después del susto nos adentra otra vez en la gracia y la entereza ética de Daniel Chavarría, quien confiesa por qué se siente un escritor cubano y por qué se ha quedado a pesar de que su alucinante anecdotario personal debió quizá despedirlo en algún momento.

La lengua suelta de Daniel, la riqueza de su expresión oral lo hacen uno de esos escritores que interesan tanto por su leyenda personal como por sus libros. Algo parecido sucede con el periodista Miguel Bonasso, de la mano de Ciro Bianchi en «Los hechos nunca te defraudan», entrevista que se piensa a sí misma, y donde Ciro ratifica que su calidad de periodista no se aleja de las alturas de Bonasso.

Polito Ibáñez confirma la vibrante honestidad que anuncian sus canciones en la conversación que sostiene con Obdulio Fenelo (este es un número donde todo el mundo tiene un nombre espectacular: Obdulio Fenelo, Pablo de Cuba, Esbértido Rosendi, Miharú Miyasaka). El texto de Polito-Fenelo es el que mayor insatisfacción deja, en el sentido de que el lector quisiera que se prolongara mucho más. Profuso es sin embargo el coloquio de Vivian Martínez con Fernando Pérez a propósito de *Suite Habana*. Allí Fernando despliega uno de esos desnudos públicos que con tanta sinceridad entrega lo mismo en sus películas que en sus consideraciones sobre el mundo, el país, la ciudad. Más que todo la ciudad es el sujeto que obsesiona al cineasta, y que le permite responder desde la emoción a conflictos muy similares a esos otros, tal vez más concretos, que los demás textos del número convocan alrededor de las sinuosidades de la empatía cultura-política.

El sesgo de afectividad con que abre la revista según Fernando y Vivian carena finalmente en la hermosa meditación de Francisco de Oraá en «Algunas frases sobre el hacer poesía», compendio de sentencias que le facilita al poeta la prefiguración de una axiología de la actitud frente a lo poético mismo; axiología que ha de ser extremadamente dúctil, como su objeto lo exige. Nos dice Francisco que «cada gran poeta, cada vez, funda la esencia de la poesía».

La segura y fluida meditación de Oraá contrasta desde luego con el signo que ostentan algunas de las reseñas incluidas en la sección de Crítica: la insolencia de los graduados de Humanidades que tratan de hacerse un nombre sobre la base frágil del desafío. Una irreverencia que mientras más extrema, más ingenua, y que el tiempo irá perfilando. Porque lo cierto es que la sección está perfectamente ensamblada por la inteligente (y sensualísima, todo hay que decirlo) Mailyñ Machado, quien parece decirnos que estos muchachos necesitan la confrontación para que el tiempo suscriba sus amagos de talento. En general, toda la revista está muy bien editada. Me gusta especialmente la forma casi subliminal con que se reafirma la unidad del número; digamos, en contraportada la frase «el lado insólito de las pequeñas cosas» nos deja preguntándonos: ¿dónde acabo de leer eso?

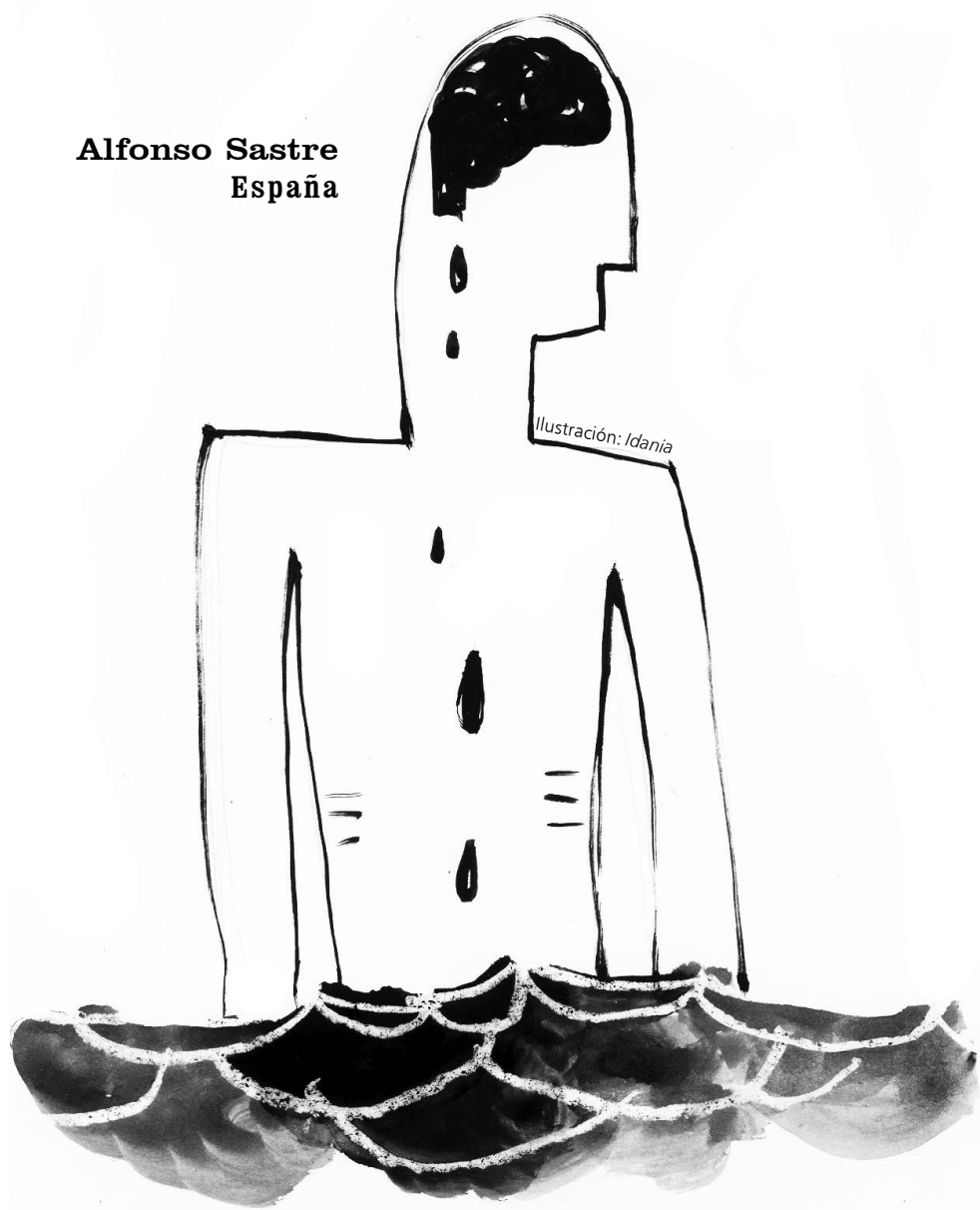
Con zonas volcánicas y otras de una oceánica y calma sabiduría, rojísima y emotiva esta vez, con su diseño perturbador, *La Gaceta de Cuba* sigue siendo entre nosotros *la revista*. Uno la critica, la veja algunas veces, se pregunta cómo es posible que publique esto o aquello, pero nadie debe ocultar que cuando abandona la sala Villena, no puede hacer ninguna otra cosa en este mundo que entregarle esa noche completa a las páginas de *La Gaceta*, presa del sobresalto, la placidez, la polémica. Después vienen las segundas y terceras lecturas. Después el cotilleo, las comparaciones, etc. Y finalmente, el sedimento, esa imagen de rotundez cultural que queda en nosotros. Reconozcamos que ese ciclo natural de vida, pasión y suerte que debiera recorrer toda publicación, sucede escasas veces en la Cuba de hoy. Y dónde está el misterio de *La Gaceta*: en que la gente que la hacen son revisteros natos, unos tíos a los que parece irle la vida en la revista, y esa devoción se siente en las páginas que recorremos.

En el desorden de las cosas que no se arreglarán jamás, que pertenecen al mundo de las decisiones inapelables, hace varios años que *La Gaceta de Cuba* decidió que yo nací en 1964, y como al respecto ya nada puede hacerse, estoy en el punto en que cambiaré todos mis papeles, porque si algo debe uno a *La Gaceta*, es consecuencia. ▀

Palabras de presentación del número 4 de 2003 de *La Gaceta de Cuba*.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n117_08/117_28.html

Alfonso Sastre
España



Sorprendentemente, mi reciente librito sobre *Los intelectuales y la Utopía*, Editorial Debate, 2002, está despertando una cierta atención en un medio lector por el que, desde hace años, están circulando de modo casi invisible —sin romperlo ni mancharlo— la mayor parte de mis trabajos teóricos, evidenciándose así la descolocación general en que estos trabajos se encuentran. ¿Y por qué esto ahora? Aquí, en verdad, no hay más que unas setenta páginas, que contienen una reflexión, muy breve pues, que se sitúa, críticamente, en aquel terreno en el que algunos intelectuales y artistas han pensado siempre sobre su función social —o lo propio de ella—, y en el que se expresaron a través de los años escritores tan opuestos ideológicamente como Julien Benda, que en su libro *La trahison des clercs*, sometió a su crítica la «traición» —a la pureza de su vocación filosófica o poética— de aquellos intelectuales y artistas que se comprometían (comprometían su obra) políticamente, y Jean Paul Sartre, que opinó años después (y con una Guerra Mundial por medio) exactamente todo lo contrario.

En realidad, siempre fue difícil, incluso para los intelectuales más «puros», situarse *au dessus de la mêlée*. Como ha dicho Howard Zinn, «no se puede ser neutral en un tren en marcha», aun en el caso de que se haya tomado billete para este tren y para este trayecto, y siempre tendrá uno, si no está dormido, alguna opinión sobre el curso del viaje; pero es que además los seres humanos no elegimos el tren en el que nos vemos viajando ni la época de nuestro viaje, ni la geografía por la que circula («arrojados al mundo», decían los existencialistas). ¿Y cómo no vamos a opinar sobre todo esto, y a actuar, o intentarlo al menos, sobre las condiciones y el destino de nuestro viaje, sobre todo si ellas (las condiciones) nos parecen insufribles, y el objetivo intolerable? ¿Nos echaremos a dormir mientras el tren circula en una dirección que, por ejemplo, nos puede conducir al vacío, a la catástrofe o simplemente a la injusticia o a la estupidez?

El desplazamiento a la derecha de muchos intelectuales en los últimos tiempos se ha hecho en la forma de una presunta superación de aquel «compromiso» postulado, en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, por escritores como Jean Paul Sartre. ¿Habrán quedado, pues, superados por la «posmodernidad» los ejemplos de aquellos escritores que apostaron con sus vidas por sus ideas contra las imposiciones del Poder, o a favor de este, ya conservador, ya revolucionario —nosotros no somos dogmáticos, y consideramos los fenó-

menos en su conjunto—, cuando ellos consideraban ese Poder legítimo y deseable, el compromiso que condujo a Miguel Hernández a morir en una cárcel franquista, el compromiso que hizo un peregrinaje de la vida de José Bergamín, el compromiso que hizo a poetas como Vladimir Maiakovski apostar fervientemente por el Poder Soviético, o a Bertolt Brecht por el socialismo, o a Leni Riefenstahl a hacerlo por el Nacionalsocialismo, o a Ezra Pound por el fascismo italiano?

La línea de la «posmodernidad» tendría que ver con una mezcla de descompromiso y convivencia (más bien connivencia) de la izquierda con la derecha, como presuntas autocrítica y cura de viejos dogmatismos nacidos en el «tiempo de los hornos», y que pueden atribuirse, a veces con razón, a los «escritores comprometidos», que con frecuencia permanecían ciegos a los valores poéticos de los poetas «enemigos». ¿La poesía ha de hermanarnos por encima de nuestras ideas? Desde luego, yo nunca he admirado a un poeta solo por sus ideas, sino también —o sobre todo— por la profundidad de sus imágenes y de sus intuiciones, pero también he de decir que por mucho que me cante al oído la «posmodernidad» no dejaré de tener en cuenta si un gran poeta se alinea en un lado o en otro de lo que, en definitiva, no deja de ser una barricada que ha de enfrentarnos y confrontarnos a los unos con los otros: quienes hoy defienden al imperio —la forma actual del imperialismo— y quienes deseamos y tratamos de contribuir con nuestras pobres fuerzas a su demolición; quienes se ponen del lado de los ricos y quienes lo hacen con los pobres, hablando en términos sencillos y, sin embargo, profundos. (Nunca me gustó el término «compromiso» para este tipo de comportamiento intelectual, y alguna vez ya traté de proponer el de «implicación»: intelectuales y artistas que «se implican» voluntaria y decididamente en las luchas sociales y políticas de su tiempo, «descendiendo» así de lo que ya en otros tiempos se llamó las «torres de marfil», en las que se encastillaban tantos artistas e intelectuales).

¿Tema muy interesante este? Creemos que sí lo es. Los intelectuales y los artistas constituimos unas capas sociales muy activas en un sentido o en otro, en el sector Servicios, y lo que hacemos y el sentido que damos a nuestros trabajos no puede ser una cuestión indiferente, por poco que signifiquemos, en principio, en la dialéctica visible de la vida política, tan lejos nos hallamos —tanto quienes están en la derecha como quienes estamos en la izquierda— de los centros en los que se deciden las cosas, sometidos como estamos todos a los dictados de la economía y de la política.

¿Procesos a los intelectuales? Goebbels recomendaba sacar la pistola cuando oía que se hablaba de nosotros. Hoy podría recomendar que se sacaran ramos de flores ante el anuncio de la aparición de ciertos intelectuales, cada vez más numerosos, que se sientan alegremente a la mesa de la más rancia derecha española, y se aposentán en sus cuadras. Los procesos a los intelectuales pueden, pues, tanto conducirnos a las prisiones o a la muerte como, según los casos, constituirse en procesos de beatificación.

La verdad es que los únicos procesos serios que pueden recaer sobre nosotros son los que nos planteemos nosotros mismos en el modo de nuestra autocrítica: ¿Qué pintamos nosotros en todo esto? ¿Qué hacemos? ¿Por qué? ¿Y para qué? Somos, pues, nosotros quienes hemos de «procesarnos» a nosotros mismos. ■

*Este texto pertenece al libro *La batalla de los intelectuales* que será publicado próximamente por la Editorial Ciencias Sociales.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n116_07/116_23.html

¿proceso a los intelectuales?

Vigilancia moral

Ignacio Ramonet
Francia

«En el pasado, ningún gobierno había tenido el poder de mantener a sus ciudadanos bajo una vigilancia constante. Ahora la Policía del Pensamiento vigila constantemente a todo el mundo».

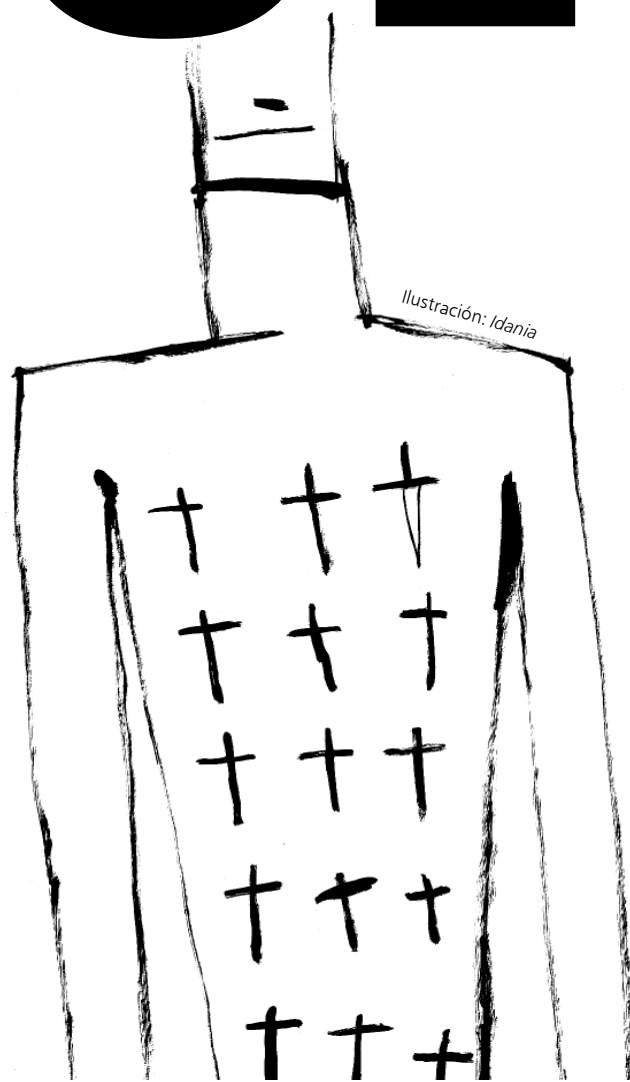
G. Orwell, 1984

Quienes este verano pensaron pasar sus vacaciones en Estados Unidos debían saber que en virtud de un acuerdo entre la Comisión Europea y las autoridades federales, las compañías aéreas entregarían a las aduanas de Estados Unidos algunas informaciones personales. Incluso antes de que penetren en el avión, las autoridades de Estados Unidos conocerían su nombre, apellido, edad, dirección, números de pasaporte y tarjeta de crédito, estado de salud, preferencias alimentarias (que pueden indicar su religión), viajes anteriores, nombre y edad de quienes les acompañaron, organizaciones que financiaron sus desplazamientos, etc.

Todas estas informaciones serían entregadas a un dispositivo de filtro denominado CAPPs (Computer Assisted Passenger Pre-Screening, o Sistema de Control Preventivo Asistido por Ordenador) para detectar a eventuales sospechosos. Al controlar la identidad de cada viajero y al cruzarla con datos de los servicios de información policiales, del Departamento de Estado, del ministerio de Justicia y de los bancos, CAPPs evaluará el grado de peligrosidad del pasajero y le atribuirá un código de color: verde para los inofensivos, amarillo para los casos dudosos, y rojo para aquellos a quienes se les impida el acceso al avión y sean detenidos.

«Los servicios de inmigración y el Departamento de Estado van a trabajar juntos para identificar los individuos a vigilar a partir o antes de su entrada en Estados Unidos —ha advertido el ministro de justicia John Ashcroft—. Vamos a evaluar a cada visitante para determinar el riesgo de su eventual participación en una actividad terrorista»¹. Si el visitante es musulmán u originario de Medio Oriente, automáticamente le será atribuido el código amarillo de sospechoso. El Programa de Seguridad Fronteriza autoriza a los agentes aduaneros a fotografiarlos y tomar sus huellas digitales.

Los latinoamericanos también están en el punto de mira. Se ha descubierto que 65 millones de mexicanos, 31 millones de colombianos y 18 millones de centroamericanos estaban fichados en Estados Unidos sin saberlo y sin el consentimiento de sus gobiernos². En cada ficha figura la fecha y lugar de nacimiento, el sexo, la identidad de los padres, una descripción física, la situación matrimonial, el número de pasaporte y la profesión declarada. A menudo esos archivos incluyen otras informaciones confidenciales, como direcciones personales, números de teléfono, de cuenta bancaria y de matrícula de los vehículos, así como las huellas digitales. Poco a poco, todos los latinoamericanos van a estar clasificados por Washington.



«El objetivo es instaurar un mundo más seguro; hay que estar informado del riesgo que representan las personas que entran en nuestro país», ha afirmado James Lee, un responsable de ChoicePoint, la empresa que compra estos ficheros para revenderlos a la administración de Estados Unidos³. Porque la ley estadounidense prohíbe almacenar informaciones personales, pero no encargarle a una sociedad privada que lo haga por el gobierno.

Instalada cerca de Atlanta, ChoicePoint no es una empresa desconocida. En ocasión del escrutinio presidencial en el 2000 en Florida, el estado había contratado a su filial Database Technologies (DBT) para reorganizar sus listas electorales. El resultado fue que miles de personas fueron privadas de su derecho a votar. El hecho modificó el resultado del escrutinio, en el que Bush se impuso por una diferencia de solo 537 votos... Recordemos que esta victoria le permitió acceder a la presidencia...⁴

Aun cuando los atentados del 11 de septiembre de 2001 acentuaron la xenofobia, los extranjeros no son los únicos en ser objeto de un incremento de vigilancia. Los ciudadanos de Estados Unidos no escapan a la actual paranoia. Nuevos controles autorizados por la ley *Patriot Act* interfieren en la vida privada, el secreto de la correspondencia y la libertad de información. Ya no se exige una autorización para las escuchas telefónicas. Los investigadores pueden acceder a las informaciones personales de los ciudadanos sin orden de registro. Así, el FBI actualmente exige a las bibliotecas que le proporcionen las listas de libros y sitios de Internet que consultan sus abonados⁵ para trazar un «perfil intelectual» de cada lector.

Pero el más delirante de todos los proyectos de espionaje ilegal es el que elabora el Pentágono bajo el nombre de código Total Information Awareness (TIA), un sistema de vigilancia total de las informaciones⁶, confiado al general John Poindexter, condenado en los años 1980 por haber instigado el asunto Irán-contras⁷.

El proyecto consiste en reunir un promedio de 40 páginas de informaciones sobre cada uno de los 6 mil 200 millones de habitantes del planeta y en confiar su procesamiento a un superordenador. Al centralizar, cruzar y procesar todos los datos personales disponibles —pagos por tarjeta, suscripciones a los medios, movimientos bancarios, llamadas telefónicas, consultas de sitios en la red, correos electrónicos, ficheros policiales, dossiers de empresas de seguros, informes médicos y de seguridad social— el Pentágono se propone lograr que cada individuo pueda ser rastreado en su totalidad.

Como en el film *Minority Report* de Steven Spielberg, las autoridades de Estados Unidos creen poder prevenir así los crímenes antes de que sean cometidos. «Habrá menos vida privada pero más seguridad», estima John L. Petersen, presidente del Arlington Institute. «Vamos a poder anticipar el futuro gracias a la interconexión de todas las informaciones que les conciernen. Mañana vamos a saber todo sobre ustedes»⁸. Gran Hermano ya está superado... ■

Notas

(1) *Le Figaro*, 7-6-2002.

(2) *El País*, Madrid, 21-5-2003.

(3) *La Jornada*, México, 22-4-2003.

(4) *The Guardian*, Londres, 5-5-2003.

(5) *The Washington Post National Weekly Edition*, 21 al 27-4-2003.

(6) Ante las protestas de los defensores de la vida privada, el nombre se transformó en Terrorism Information Awareness (TIA).

(7) Véase Armand Mattelart, *Histoire de la société de l'information*, La Découverte, París, octubre 2003.

(8) *El País*, 4-7-2002.

«En EE.UU. se pasa de un momento, a principios del siglo XX, en que todo el mundo tiene que ajustarse a un patrón cultural anglosajón, a otro momento donde se puede reconocer la diferencia étnica de los demás inmigrantes: el multiculturalismo como patrón cultural en una nueva época en que se están cuestionando todas las etiquetas, las cuales cambian de sentido o se negocia el sentido entre ellas».

Entrevista con George Yudice, profesor de la Universidad de Nueva York.

las etiquetas son inocentes

José R. Rodríguez
y Osmany Oduardo
Cuba

Durante los días 23, 24 y 25 de junio estuve en La Habana George Yudice, profesor titular del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Nueva York (NYU). Yudice, quien a su vez es director del Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe y del Centro de Investigaciones de Políticas Culturales de la misma universidad, vino invitado por el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello a impartir una serie de conferencias sobre estudios, políticas e industrias culturales. Nosotros no quisimos perder la oportunidad de dialogar en su segundo día de conferencias con el autor de textos imprescindibles como Literatura y Valor: A partir de la Postmodernidad y El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global.

¿Cuáles definiría usted como las tradiciones más sólidas dentro de ese campo global que conocemos como Estudios Culturales y a cuáles le concede una posibilidad de desarrollo trascendente dentro de esta disciplina, tanto en Estados Unidos como en Latinoamérica?

Creo que el concepto de transculturación que había propuesto Fernando Ortiz puede tener mucho más desarrollo. En un curso que doy, lo estudiamos junto con trabajos de otros escritores como Gilberto Freyre, de Brasil. Cuando comienza a influir más este concepto es en épocas más recientes en relación con la música, donde se puede ver que la transculturación es un proceso que no necesariamente tiene que llevar a una síntesis como él había propuesto. Para él, la transculturación de estos distintos elementos era algo nuevo. Pero también puede mantenerse en el proceso de transculturación lo que propuso un estudioso de la música y llamó «heterogeneidad yuxtapuesta», donde los elementos todavía conservan su especificidad. Es interesante verlo en la música porque el concepto de transculturación, en cierto sentido, puede ser como el concepto de *sampling* que se usó en el *rap*, o como el *collage*. El concepto de transculturación que Fernando Ortiz usó para el desarrollo de la cultura en Cuba también tiene resonancias en otras formulaciones, y es interesante ver cómo esos procesos se están dando hoy. Y sería interesante también ver cómo funcionan hoy algunos de los aspectos de Estudios de la Dependencia que pudieran aplicarse a las cuestiones de financiamiento y a la manera en que inciden todas esas fundaciones del Norte que operan en el Sur...

...relaciones de poder, dominación.

Sí, me parece que estas cuestiones siguen vigentes. Otro proceso que no es el mismo que transculturación y que utilizó García Canclini es la reconversión: cómo cambia una tradición. Por ejemplo, los indígenas que producen cerámicas en México, en Michoacán. En cierto momento cambia la razón por la cual hacen la cerámica, la gente quizás ya no vive en un

pueblo donde la cerámica es parte de un ritual. Podría ser un ritmo que se usa en la santería y que quizás ya no tiene uso ahí, y se reconvierte, y se usa para otra cosa. A esto se le llama reconversión. La poesía en los Estados Unidos se había perdido mucho y ha vuelto con el *hip hop*, el *spoken word*. Hay un montón de jóvenes que a partir del *hip hop* están entrando en la poesía. Esta se transforma y se asocia con otro sector, y florece. Es algo que todavía tiene muy poco valor de mercado, pero hay espacios de *performance* donde se ha recuperado o reconvertido este estilo. Los Estudios Culturales se han interesado mucho por la resistencia y la capacidad de acción de los sujetos. Un concepto que también García Canclini había desarrollado en uno de sus libros es que todo suceso es una coproducción. El individuo que lleva a cabo un proceso nunca está solo. Todo acto es una coproducción aún cuando no tengas a otro ayudándote. Puede serlo en el sentido en que estás utilizando algo de otra parte, tienes una influencia. Inclusive, hasta la identidad de uno es una coproducción. Eso me parece también muy útil en los Estudios Culturales. Además, son importantes los estudios sobre Economía Política, es decir, cómo opera el contexto en el que uno trabaja, los subsidios, los apoyos que da la Universidad o el que sea. Como había dicho alguien: mucha gente cuando mira la cultura no se percata de esas aristas, pero tienen su impacto.

Usted ha hablado de contrapuntos. Nelly Richards se refiere a asimetrías entre los discursos de los Estudios Culturales en EE.UU. y Latinoamérica. ¿Hasta qué punto le concede importancia al espacio (de centro y periferia) desde donde el estudioso de la cultura enuncia como mediador de ese objeto cultural que intenta captar?

Es un tema complicado, porque influye el contexto en el que uno opera. Mucha gente de Estudios Culturales latinoamericanos se ha radicado en EE.UU. y ha adoptado algunas perspectivas estadounidenses. Entonces ahí se ve cómo esa influencia va configurando la manera en que ellos se acercan a las cuestiones latinoamericanas. Tener el apoyo de las universidades facilita muchas cosas, uno tiene accesos que no tendría sin esa ayuda. Un estudioso latinoamericano radicado en EE.UU., hace mucho tiempo, empezó tomando el modelo de las minorías estadounidenses como un modelo para América Latina. Habló muy bien de una intelectual de un país andino que trabaja mucho con indígenas. Esta intelectual, al saberlo, se enojó ante esa actitud y le dijo: «Mire, usted le está sacando alguna rentabilidad a escribir sobre mí». Ahí se produjo toda una lucha entre los dos y él siguió insistiendo en que él lo que quería hacer era darla a conocer más, y ella le dijo: «Mire, yo no lo necesito». Él estaba operando desde la perspectiva de que su misión era

difundir a estos «menos dichosos» que están en América Latina, pero para ella eso no era necesario. La dinámica resultaba muy interesante, pero eso se debe a que estaban en lugares muy distintos y, para él, su intención era revelar el trabajo cultural de ella. Ahora, está también la manera en la que él la caracterizó, ella dice que la perjudicó en su propia comunidad según ella, él no entendió del todo su trabajo. Creo que ahí lo que golpea es el dilema antropológico: el antropólogo que va a estudiar a una comunidad. Eso siempre ha sido una desigualdad, por qué debe hacerlo el antropólogo que viene desde Francia, EE.UU., Alemania, y no un indígena. Es contra esa óptica culturalmente dominante que esta intelectual andina reaccionó: no quería ponerse en un lugar subordinado ante el antropólogo del Norte. Pero, por otra parte, el mundo también está cambiando y tenemos estas migraciones circulares, y hay gente que está en EE.UU. y también está acá. Inclusive en Cuba, van y vienen. Ya no es lo mismo estar solamente en Cuba o en EE.UU. Es circular. Es interesante ver cómo funciona.

Los cualificadores o categorías con que operan los Estudios Culturales no pocas veces son sometidos a cuestionamientos. El concepto de gay, por ejemplo, aparece en oposición al de queer; el concepto de latino o hispano no tiene la misma connotación en EE.UU. que en América Latina, donde evidentemente aludiría a una realidad tan general como difusa. Octavio Zaya en un artículo nombrado «En torno a los espacios de la identidad y de la diáspora» plantea: «Si los latinoamericanos tienen algo que los unifique no es, desde luego, una cultura tradicional única, ni una religión común, ni —como hemos visto— una lengua común, ni un entendimiento unidimensional de la realidad y de la historia. Los latinoamericanos ni siquiera pertenecen a una raza común, de modo que la unanimidad de representaciones que con frecuencia se les atribuye es simplemente una fabricación cultural».

¿Qué opina usted sobre este eclecticismo o ambivalencia conceptual? ¿Enriquece o enrarece a nivel epistemológico el campo de los Estudios Culturales?

Estoy de acuerdo con Octavio en que cualquier tentativa de nombrar una comunidad es un ejercicio de poder porque nombrar una comunidad también hace posible administrarla. Yo, en mi trabajo, soy muy foucaultiano en esa parte de Foucault en que habla de gubernamentalidad, cómo es que no solo las instituciones, sino inclusive prácticas de la sociedad civil, abren oportunidades que a su vez son maneras de administrar. Una etiqueta identitaria dispone la apertura hacia un entramado de oportunidades y de carencia de estas que, de cierta forma, administra las posibilidades de acceso de los sectores

que son caracterizados de un modo en específico. Lo veo también como una dinámica de presiones externas e internas al grupo, o sea, un grupo no se autodenomina, un grupo es nombrado. Por ejemplo, en EE.UU. los negros no son negros porque ellos hayan decidido «nosotros nos queremos llamar negros». Hay africanos de muchas nacionalidades, pero se les llama negros. Es una etiqueta, una manera de administrar su cultura, como se les conoce. A su vez, en cierto momento de la historia de los EE.UU., aceptar esa situación les ayudó a movilizarse. Así que las mismas categorías, que son problemáticas, son las mismas que a veces se usan para una movilización. Me parece que la ambigüedad de todo este asunto viene dada en que, de un período histórico a otro, cambian las categorías o las maneras de entenderlas. En EE.UU. se pasa de un momento, a principios del siglo XX, en que todo el mundo tiene que ajustarse a un patrón cultural anglosajón, a otro momento donde se puede reconocer la diferencia étnica de los demás inmigrantes: el multiculturalismo como patrón cultural en una nueva época en que se están cuestionando todas las etiquetas, las cuales cambian de sentido o se negocia el sentido entre ellas. Estas entidades no son eternas, siempre hay cambios históricos. Los Estudios Culturales tienen que enfrentarse con esa porosidad de los conceptos, no pueden operar, digamos, como en ciertos momentos de la Sociología que tenía sus conceptos y todos funcionaban de la misma manera. Tienen que ser conceptos más flexibles y porosos.

Generalmente estos estudios se han caracterizado por su focalización de las prácticas culturales de los estratos más marginales del tejido social, con una visión reivindicatoria. ¿No se corre el peligro de arribar a conclusiones apriorísticas y superfluas desde esta posición? ¿No pudiera quedarse solo en una denuncia, sin una profundización auténtica en sus peculiaridades culturales?

Sí, yo estoy de acuerdo, es casi como un gesto. Todo el que entra a los Estudios Culturales siempre quiere estar reivindicando a una comunidad marginalizada. Una de las preguntas es: ¿de dónde viene el deseo que tiene el estudioso de hacer eso? Sin duda de algún concepto de justicia social. Entonces otra pregunta sería: ¿a quién le incumbe, y de qué manera le incumbe, tratar de reivindicar? Es como lo que dije acerca del estudioso americano y la mujer andina, o sea, ahí ella le estaba echando en cara esta pregunta, es decir: ¿usted me ve como una marginal?

De alguna manera se empieza a etiquetar...

Sí, al tratar de hacer algo así, de reivindicar, uno tiene que funcionar con esa etiqueta ya marginalizada. No sé si funcionó bien lo de *queer* pero una de las cosas que se propusieron era justamente optar por no ajustarse a las etiquetas, ser *queer* o ser extraños, es

decir: los que no se acomodan a las etiquetas están fuera de lugar. Esa es una de las maneras en que los sujetos mismos reaccionan ante los proyectos, por ejemplo, los proyectos reivindicatorios de los gays: «No, yo no soy gay, yo soy queer». Por ejemplo, en los Estados Unidos, una etiqueta que se usa para reivindicar muy a menudo presupone los comportamientos de esas personas. Allá hay políticas de acción afirmativa. En la Universidad, en un departamento progresista, queremos tener más estudiantes negros, latinos y asiáticos, entonces se busca. Se presupone que esos estudiantes se van a comportar como negros, como latinos, como asiáticos, y qué quiere decir, pues que, para reivindicarlos, se presupone que ellos se comporten de tal manera, que comparten ciertas creencias, valores...

Es que debajo de eso subyace un concepto discriminatorio...

Sí, positivamente discriminatorio, pero el problema es que se supone que comparten valores, creencias, etcétera, y probablemente no. Pero muy a menudo un estudiante que necesita una beca para ir estudiar, puede dejarse ver como alguien que comparte todo eso para ingresar en el programa. Así que este mecanismo tiene sus defectos. Yo tengo un estudiante brasileño que en el contexto estadounidense es negro, pero puede ser puerriqueño, entonces el latino puede ser cualquier cosa. Él nunca se había categorizado como negro en Brasil, pero con las oportunidades que se le abrieron en Estados Unidos me dijo: «Mira, si quieres que sea chino, yo pongo chino, yo lo que quiero es la beca». Por esa parte las etiquetas no son inocentes.

Desde su visión, ¿cómo encaran las distintas variantes de los Estudios Culturales los conceptos de Postmodernidad y Globalización?

Jameson escribió uno de los primeros trabajos de estudios culturales. Ya había trabajos de postmodernidad en arquitectura, etc., pero su ensayo del 84...

Sí, El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío, que publicó por primera vez en español la revista Casa de las Américas...

Es un ensayo clásico. Luego en posteriores reflexiones sobre el asunto, que él no había llamado globalización en ese momento, preparó unos encuentros en las universidades en las que enseña, donde el tema era la globalización, porque la globalización comparte algunas premisas con lo que se hubiera llamado postmodernidad. Aunque la globalización, en cierto sentido, es algo que la postmodernidad rechaza. Dice Jameson: ya no hay relatos maestros, ya no hay relatos vigentes, pero la globalización es uno de nuestros relatos. La globalización nos dice que todo se está integrando, y no solo por el capital. Inclusive hasta los antiglobalizadores están ahí porque son un fenómeno de la globalización. Una variante que tienen los Estudios Culturales es la manera en que se pueden manifestar acciones de justicia social dentro de estos registros. La postmodernidad hace muy difícil una reivindicación social, porque presupone que las identidades son múltiples. Las reivindicaciones son mucho más fáciles cuando una comunidad tiene una etiqueta y se moviliza y lucha por sus derechos, pero cuando cuestiones como las identidades múltiples son más flexibles, la lucha no es tan fácil y quizás la realidad tampoco. La globalización también tiene, junto a sus aspectos de dominación, sus variantes populares. Por ejemplo, el grupo Afro Reggae, con el que trabajo en Brasil, tiene una red global, se aprovecha de los medios de comunicación, Internet y de ahí saca mucho provecho. Lo que le interesa a los Estudios Culturales, más que limitarse al análisis de aspectos puntuales en los contextos de cultura es, probablemente, qué capacidad de acción se hace posible desde estos contextos.

¿Hasta dónde puede resultar favorable o pernicioso la relación casi obligatoria entre los flujos de producción artística y sus homólogos de la esfera mercantil?

Bueno, aquí se jerarquiza lo de siempre, es decir, que lo mercantil, si se convierte en el objetivo, entonces simplemente separa al arte de su acción social, inclusive de su acción estética. Yo no creo que ese sea el mayor problema actualmente. El mayor problema está menos en lo mercantil que en los artistas, como los que están en todas las bienales. El problema es mucho más complicado con la presencia en los circuitos de la globalización. Todos los artistas se encuentran en las mismas bienales, en los mismos hoteles, haciendo lo mismo. Es decir, se ha convertido en un circuito repetitivo y se ha institucionalizado el arte dentro de esos contextos. Es como si fueran profesores de universidad encontrándose siempre, cada año haciendo de tal cosa una profesionalización. Eso, para mí, tiene una relación más problemática que el asunto de lo mercantil. En la actualidad, es más fácil para un artista manejar lo mercantil que esta otra cuestión: la de los circuitos por donde transitan.

Usted aludió ayer en el diálogo posterior a su conferencia al interés que suscitan como objeto de estudio ciertas imágenes «identitarias» concebidas para un receptor turístico. El ejemplo que usted exponía era el de ciertas mujeres con trajes típicos y motivos simbólicos de la cubanidad: fumar un habano, por ejemplo. ¿No le parece que tan extendido horizonte de intereses desvíe la atención de los Estudios Culturales hacia manifestaciones que pudieran considerarse como sucedáneos o remedos de actos culturales más genuinos?

Creo que se estudian ambos, y que los estudios culturales sí tienen un fuerte interés en este tipo de prácticas para el consumo. Los antropólogos parecen estar tradicionalmente orientados hacia prácticas supuestamente más genuinas que los Estudios Culturales, fenómenos que están muy vinculados con el grupo del consumo. Por ejemplo, ayer mencioné a esa académica de Estados Unidos que hizo el estudio de chicas mirando las telenovelas para ver si ellas se ajustaban al mensaje ideológico o si hacían lo que querían con eso. Ahí se está trabajando con un fenómeno bastante banal, pero se está tratando de sacar alguna reacción válida. Hay cierta tendencia en los Estudios Culturales que trata de argumentar qué se saca del contacto con un producto o proceso cultural de consumo. No obstante, la reacción del sujeto ante ese proceso no es necesariamente banal. Muchos estudios culturales tienen ese tipo de actitud, aunque también, por ejemplo, percibo algo distinto en la obra de Daniel

Mato. Él trata de trabajar con procesos bastante genuinos —por genuino entiendo integrado a contextos sociales—, por ejemplo, con el movimiento indígena, lo que hacen para conseguir poder y cómo se fusionan estas acciones con la cultura. Así que depende de qué Estudios Culturales se trate, porque a él le gusta hablar de *Estudios de Cultura y Poder*, y dice: Nosotros en América Latina estamos orientados a estos estudios, y ustedes, en Estados Unidos, a escribir un ensayo sobre Madonna o sobre Shakira. Los Estudios Culturales en Estados Unidos tienen fama por ese tipo de acercamientos.

En su ensayo «Contrapunteo estadounidense /latinoamericano de los Estudios Culturales» usted señala que el intelectual de América Latina juega un papel muy diferente al intelectual de los EE.UU. y agrega que el primero «opera como sustituto de la sociedad civil —habla por o representa al pueblo, a la vez que sirve de parachoques entre ese pueblo y el estado». ¿Cuál es, a su juicio, el papel del intelectual norteamericano?

Mira, yo me refería aquí sobre todo a los intelectuales de lo que podríamos llamar la modernidad latinoamericana. Ya hay muchos que no quieren jugar ese papel de intermediario, que sustituye a la comunidad a la que pretenden representar. En Estados Unidos, los intelectuales que tienen poder suelen ser los de derecha, los que están con Bush en este momento. La Condolezza Rice, que es una profesora de Política, tiene mucho poder, mientras que muchos otros solo tienen cierta visibilidad simbólica. Puede haber también intelectuales críticos, y ya hay muy pocos intelectuales que sirven de parachoques entre pueblo y el Estado, o más bien con el mercado. Las mismas comunidades tienen sus propios mecanismos para la acción pública, o, si se entiende por intelectual a un cantante de *hip hop*, pues este tiene esa capacidad de representar a una comunidad... Los intelectuales públicos no dependían de una institución, se ganaban «la plata» escribiendo sus ensayos, siendo críticos, pero después de los años 60 y con lo que llamamos guerra cultural, los intelectuales entran en la universidad. Ya hay muy pocos intelectuales progresistas que no estén en universidades, nuestro lugar está en la universidad. Ya no son intelectuales independientes, públicos. Hay muy pocos. Eran esos los que hablaban así para la sociedad en general. Los de la universidad se han vinculado más con comunidades y muy a menudo no hablan por la comunidad.

Cuando usted hizo alusión a un trabajo suyo que leí en Criterios donde habla de Miami, un capítulo de su libro...

Sí, un capítulo de *El recurso de la Cultura...* Desiderio Navarro lo ha publicado...

En ese capítulo usted presenta a Miami como

un modelo de capital cultural de la globalización, pero, ¿sería un modelo preferible y a la vez sostenible la proyección transnacional de Miami para el resto de las capitales latinoamericanas como modelo de globalización, pensando sobre todo en qué medida respaldaría un modelo así una posible diferencia?

A mí no me agrada ver a Miami como modelo para el resto de las capitales latinoamericanas, porque está desarrollando un modelo *sui generis*, y ese modelo se basa en una transnacionalización de lo latinoamericano y luego su internacionalización, y lo que va a surgir, va a ser de Miami. Uno quiere ir allá para que Emilio Stefan te empaquete de cierta manera, para que te lance mejor al mercado, pero eso también tiene sus problemas. Por ejemplo, Albina llega y él le hace un procesamiento. El disco que sale ya no le gusta a nadie, porque lo que ella cantaba era una música distinta. Entonces ella se dio cuenta, rompió con todo y le devolvió el contrato. Se fue con una etiqueta menor pero para cantar lo que ella sabía que cantaba bien. No quería ser *shakirizada*. Entonces, yo lo veo como un proceso donde hay crecimiento económico, y va a haber, sin duda, una generación que va a descubrir su cultura, que va a ser la de Miami. Por lo tanto, esta ciudad no tiene ahora un modelo que haya crecido todavía lo suficiente para ofrecer, lo que existe es un modelo para cogerles las industrias a otros y crecer económicamente.

¿En qué medida considera que influirán, sobre las relaciones culturales en el mundo y de modo más específico entre EE.UU. y Latinoamérica, los acontecimientos del 11 de septiembre y el proceso de implementación del ALCA?

Para empezar, el 11 de septiembre casi acabó con los intercambios de Estados Unidos con América Latina. Como sabemos, Estados Unidos se preocupó por el Medio Oriente y el sur de Asia y se alejó de América Latina. Muchos de los intercambios culturales habían cesado ya desde el 89, porque sin la Unión Soviética y sin la influencia de Cuba ya no hacía falta preocuparse de si los otros países iban a ser comunistas. Ya no hay dinero para intercambios culturales. Me parece muy preocupante porque se espera con el ALCA que América Latina se ajuste al modelo de derechos de propiedad cultural que quiere Estados Unidos, y dentro de ese esquema los países no pueden tener regulación o subsidios. Según el modelo de comercio, si un país da un subsidio a la industria del cine, eso es proteccionismo, y, según las normas actuales de la Organización Mundial de Comercio y de los tratados de Comercio, hay que armonizarlo todo y eliminar esos subsidios. Pero sin subsidios, las industrias de otros lugares no pueden sobrevivir a Hollywood, entonces el ALCA es una gran amenaza para la cultura y los mecanismos de protección del producto cultural. Por ejemplo Gilberto Gil, ya está pensando en esto y tiene un gobierno que responde a esa idea y, claro, quizás con un país del tamaño de Brasil se logre algo. Un país grande como Brasil puede negociar más, sobre todo si tiene al MERCOSUR, porque ya no solo es Brasil, es Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia. Hay mayor posibilidad de negociar. En los foros donde se ha hablado del tema, se ha propuesto que se mantenga lo que se llama la excepción cultural: que no se someta la producción cultural a la misma norma de mercancía como puede ser vender Coca Cola. Una película, el turismo, el arte es algo muy distinto a producir Coca Cola, por eso se llama excepción cultural. Pero eso va a expirar en el año 2004 y la gran preocupación es que hay que buscar un argumento para mantener esa excepción. ▀



Ilustración: Nelson Ponce

Después de publicar un anuncio de una página en *The Washington Post*, *FTW* (From the Wilderness) se vio totalmente inundado con correos electrónicos y llamados de personas que quería ayudar a publicarlo en más periódicos dentro de EE.UU. y en el resto del mundo.

Algunas estadísticas

El anuncio en el *The Washington Post* llegó a más de 2,5 millones de personas. Según conocedores de Washington entrevistados por el periódico electrónico, los efectos del anuncio siguen reverberando en el Congreso de EE.UU.

La campaña se hizo posible gracias a un donante anónimo que vio el video de Mike Ruppert, editor de *FTW*, «Verdad y Mentiras del 11-S», y con contribuciones de los 9 mil suscriptores del periódico. *FTW* tiene la intención de publicar el mismo anuncio en los 12 principales periódicos en EE.UU.: *Atlanta Journal*, *Boston Globe*, *Chicago Tribune*, *Dallas Morning News*, *Los Angeles Times*, *Miami Herald*, *The New York Times*, *Philadelphia Inquirer*, *San Francisco Chronicle*, *Seattle Times*, *Minneapolis* y *Arizona Republic*. Entre 25 y 40 millones de lectores.

Un lector de Seattle llamó a *FTW* para informar que renunciaba a sus vacaciones y donaría 4 mil dólares para que el anuncio apareciera en su ciudad. Otro antiguo suscriptor prometió varios miles de dólares más. Alguien en Florida está organizando un concierto benéfico con su orquesta para reunir dinero y poder publicarlo.

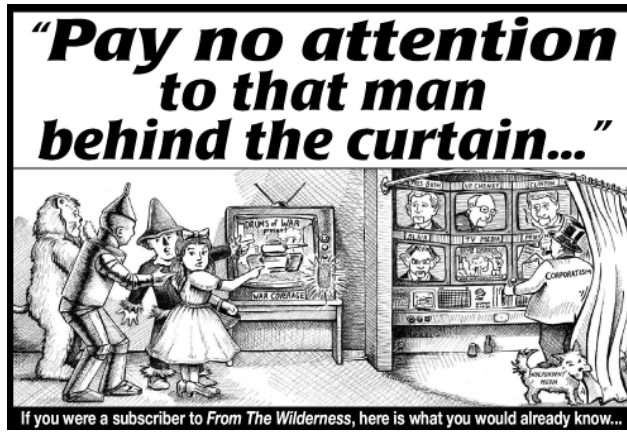
El periódico señala que bien pudiera ser la última ocasión de expresarse libremente y que nunca en la historia de EE.UU. ha sido posible que un mensaje semejante alcance a tanta gente en forma impresa.

Es una historia interesante

El texto de una primera versión del anuncio, que llegó al *Post* el 23 de abril, contenía dos secciones de texto bien documentado que criticaban fuertemente al secretario del Ejército Thomas White. White fue repentinamente despedido por el secretario de Defensa Donald Rumsfeld tres días después de que llegara. *FTW* no ha logrado confirmar si fue filtrado (al gobierno) pero el editor Michael Ruppert sospecha que así fue.

«Todo comenzó cuando recibimos un llamado de un ejecutivo en retiro que se enfureció por lo que vio en el video del 11-S hasta tal punto que decidió que quería hacer algo con su propio dinero para influir en la situación. Dijo que quería comprarnos una página en el *Post*...», dijo Ruppert. «Su única condición fue mantener el anonimato. *FTW* nunca manejó el dinero —más de 20 mil dólares— para comprar el espacio y en ningún momento nuestro suscriptor intentó influenciar su contenido. Escribí el anuncio y tres maravillosas personas colaboraron.» Fueron la ex secretaria de Vivienda y ex directora ejecutiva de Dillon Read, Catherine Austin Fitts, el profesor de Derecho de la Universidad de Illinois, Francis Boyle, y la ex representante demócrata al Congreso Cynthia McKinney de Georgia.

Ruppert continuó diciendo: «Sabíamos que si *FTW* trataba de reservarlo directamente, este sería rechazado. Como el anuncio y la caricatura, concebida por el director general de *FTW*, Mike Leon, y dibujado para nosotros por el artista canadiense Blaine Machan, criticaba los medios dominantes, a la corrupción de la economía de EE.UU. y su dependencia del dinero de la droga, necesitábamos encontrar un camino», continuó Ruppert. «Así que recurrimos a la agencia *More than news* de Los Ángeles y a su propietario Ken Levine para que nos ayudara. Habíamos trabajado antes con Ken —un ex director de noticias de televisión del área de Los Ángeles— y confiábamos en él».



Si Ud. fuera un suscriptor de *From The Wilderness* aquí está lo que debería saber...
«No preste atención al hombre detrás de la cortina...»

Levine, en conjunto con el suscriptor de *FTW* compró el espacio para el anuncio a través de una importante firma de corretaje de publicidad de Nueva York, con la que ha tenido buenas relaciones. Esa compañía reserva la mayor parte del espacio publicitario del *Post* y eso le dio suficiente influencia para que se pasara a la etapa siguiente.

El texto fue presentado a Nueva York el 15 de abril, mucho antes del despido de White. Según Levine, hubo una reacción impresionante. «Nunca habían visto nada parecido. Les gustó pero pensaron que el *Post* jamás lo aprobaría aunque tiene un pasado decente por publicar anuncios políticos».

La publicación incluye declaraciones del que ahora ya es ex Secretario White. En la misma Fitts criticó a White por no haber podido cuadrar los libros del Ejército en circunstancias que el Departamento de Defensa reconoce que ha «perdido momentáneamente» más de 3 mil millones de dólares del contribuyente. Ruppert señaló: «la afirmación de White de que el daño residual de los ataques del 11-S fue la causa de la no conciliación de los libros del Ejército era absurda. El ataque dio en el ala de la Armada del Pentágono. ¿Cómo podía afectar al Ejército?»

White también fue criticado por su papel como ejecutivo de Enron que le proporcionó ingresos de millones de dólares mientras se defraudaba a los accionistas. Fue posteriormente investigado por negocios en los que se abusó de información confidencial con acciones de Enron.

Boyle, profesor de Derecho Internacional, ha dirigido un creciente movimiento para enjuiciar al presidente George W. Bush por crimen de primer grado y delitos menores relacionados con la invasión iraquí. Recientemente, los artículos de acusación redactados por Boyle fueron considerados por miembros del Congreso. McKinney, muy criticada en la prensa por formular importantes preguntas sobre el conocimiento previo de la administración Bush de los ataques del 11-S, y la posibilidad de excesiva especulación por corporaciones aliadas con la administración Bush, ha sido vindicada posteriormente por audiencias de inteligencia del Congreso y por recientes artículos en la prensa dominante sobre el Grupo Carlyle. Perdió su elección primaria de 2002 en lo que es calificado ahora en un juicio en Georgia como una votación manifiestamente ilegal de miembros

registrados en el Partido Republicano en la primaria demócrata.

«Pedí a esos tres héroes que participaran en el anuncio porque todos han mostrado mucho coraje al actuar como funcionarios y ciudadanos responsables y han sido castigados como resultado. Pero siguen de pie, en el ring y merecen que se les reconozca por su perseverancia», dijo Ruppert.

Pero antes de que se imprimiera el anuncio hubo aún más drama.

El departamento de publicidad del *The Washington Post* aprobó el texto del primer anuncio solo un día después del despido de White. Según Ruppert y Levine, no fue posible modificar sin reabrir el proceso. «Lo que teníamos era un plazo de unas dos semanas, según el contrato, para que apareciera el anuncio. No teníamos control sobre la fecha exacta. Así que decidimos poner el primero al día siguiente del despido de White», dijo Ruppert. De otra manera hubiera sido demasiado arriesgado. Lo único que podía haber bloqueado el anuncio —que fue comprado a un precio de descuento a través de la agencia de corretaje publicitario— hubiera podido ser una repentina avalancha de anunciantes tardíos que hubiesen decidido adquirirlo por el precio máximo.»

«Nos dijeron que eso era muy improbable, pero eso fue lo que sucedió», dijo Ruppert riendo entre dientes. «Uno de nuestros suscriptores en el área de Washington nos dijo que nunca había visto tantos anuncios a página entera».

Al no cumplir el *Post* con el período del contrato de dos semanas, *FTW* tuvo la oportunidad de cambiar el texto publicado sin arriesgar un rechazo. Por consejo de Levine, el anuncio fue programado de nuevo para la siguiente semana y la segunda versión fue publicada. En todo caso, Ruppert vio con escepticismo desde el comienzo las posibilidades de que se permitiera la publicación. Lo considera un milagro muy necesario. «Cuando la gente ve el tipo de reacción que produce esta publicidad y el poder que tiene para causar revuelo en el público y provocar una reacción real del gobierno, va a hacer muchos esfuerzos similares. (...) Muy pronto podría suceder que la gente forme coaliciones para adquirir anuncios en la televisión o en los periódicos convencionales. Es como se llega al público y se logra que no se margine la información buena y exacta.

«También fue extremadamente importante que reconociéramos y reforzáramos a una serie de fuentes mediáticas independientes que han hecho grandes contribuciones desde el 11-S. Aunque gran parte de EE.UU. puede no saber todavía cuánto esas organizaciones han influido en los eventos, debería saberlo. Los medios independientes están llenando un gran vacío dejado por una prensa dominante más obediente de lo necesario.

«Estamos hablando de aprovechar los aspectos de la libertad de expresión que el gobierno aún no ha eliminado. Es cosa de aprender cómo funciona el dinero y utilizarlo a nuestro favor. Como dice siempre Fitts: 'Vota con tu dinero'». ▀

http://www.lajiribilla.cu/2003/n116_07/116_20.html



¿por qué no ir más allá

Una vez más, el almirante John Poindexter, el famoso condenado del escándalo Irán-contra que nos obsequió el conocimiento total de la información —perdón, más vale decir Conocimiento de la Información sobre el Terrorismo— está adelantado a su época y hace noticia. Y una vez más, es blanco de duras críticas. Su primer pecado, en los años 80, fue el establecimiento de un fondo secreto para que el presidente Reagan financiara las guerrillas Contra en Nicaragua utilizando dinero proveniente de la droga de América Latina y fondos de la venta de misiles Stinger a Irán. Luego, más recientemente, fue el desarrollo de un súper ordenador que podría controlar toda la actividad financiera de cualquier persona en EE.UU. o tal vez en todo el mundo. Después que le bajaron los humos por ese osado plan, el corajudo almirante de apellido estrafalario ha ofendido las sensibilidades liberales con su plan de que el Pentágono opere un mercado de futuros que permitiría que los inversionistas apuesten a la probabilidad de ataques terroristas, asesinatos y otras calamidades provocadas por el hombre.

Así que ¿de qué se sorprenden?

La idea del almirante Poindexter —basada en el dogma republicano de que «el mercado siempre tiene la razón»— es que al permitir que los inversionistas inviertan basándose en su intuición sobre lo que piensan que probablemente sea la próxima acción de los terroristas, los servicios de inteligencia, las organizaciones de mantenimiento del orden y los militares de EE.UU. podrían vaticinar mejor esas acciones.

La idea de que los inversionistas estadounidenses apuesten sobre el asesinato del primer ministro israelí Ariel Sharon o del virrey estadounidense L. Paul Bremer, o sobre un futuro atentado contra Disney World, ha asqueado tanto a los demócratas (y ha embarazado a los republicanos del Congreso), que ahora en el Congreso se proponen quitarle las finanzas al programa. Según un importante crítico del propuesto mercado de futuros del terrorismo, el senador Byron Dorgan (demócrata por Dakota del Norte), la idea es «poco económica y absurda».

No estoy de acuerdo.

Aceptemos por un instante la premisa subyacente de que los inversionistas, actuando colectivamente, tengan una presencia superior a la de los mortales ordinarios —que puedan predecir la futura dirección del mercado de valores, de la economía nacional, o incluso de la política de tasas de intereses de la Reserva Federal. ¿Por qué no darles la oportunidad de pronosticar el futuro de la actividad terrorista? Por cierto, ¿no puede ser dañino que se permita que la gente arriesgue su dinero y tal vez gane algo, tratando de adivinar dónde estallará la próxima gran bomba? ¿Y hasta qué punto los inversionistas pueden dar peores resultados en la predicción del terrorismo que el Departamento de Seguridad de la Patria, cuyo sistema de anuncios de amenazas codificadas por colores ha producido hasta ahora un resultado de 000, o que la comunidad de la inteligencia de EE.UU., que falló por completo el 11-S (para no hablar del colapso de la Unión Soviética)?

En lugar de criticar a Poindexter, el gobierno debería tomar su atrevida idea y expandirla. ¿Por qué limitar su concepto del mercado de futuros al terrorismo? ¿Por qué no poner las alabadas capacidades de vaticinio de la comunidad inversionista estadounidense al servicio del gobierno para que planifique otras áreas de interés público?

La Comisión Electoral Federal, por ejemplo, podría establecer un mercado de futuros para las elecciones federales. La gente podría apostar sobre el resultado de la contienda presidencial de 2004 y la competencia por el control del Senado y de la Cámara. Si el sistema resulta ser fiable en uno o dos ciclos electorales, tal vez podríamos ahorrarnos por entero las costosas elecciones nacionales y los puestos podrían ser ocupados en el futuro sobre la base de las predicciones de los inversionistas.



David Lindorff
EE.UU.

de un mercado de asesi natos?

administración de las escuelas de todo el país podrían reducir personal y la superficie para salas de clase antes de que disminuyan las matrículas.

El Departamento de Salud y Servicios Humanos podría ofrecer un mercado de futuros sobre la cantidad de niños que sufrirán de desnutrición durante la duración de la «reforma» del programa de asistencia social, permitiendo que los hospitales públicos ajusten sus programas de tratamiento de raquitismo y otras enfermedades que hasta ahora prevalecían en el Tercer Mundo. La Oficina de Estadísticas Laborales podría permitir que la gente apostara sobre la tasa de desempleo mientras el programa de reducción de impuestos de Bush provoca déficit presupuestarios cada vez mayores, dando así a los estados una ventaja para la construcción de refugios para los sin techo y para los aumentos de los presupuestos policiales. La NASA podría establecer un mercado basado en las apuestas de los inversionistas sobre cuándo estallará o se quemará el próximo trasbordador espacial (se podría establecer un impuesto a las transacciones para contribuir al financiamiento de un vehículo de reemplazo.)

De verdad, las posibilidades que abre el hecho de permitir a los inversionistas que conviertan su codicia e ignorancia individuales en sabiduría colectiva, otorgando así a los funcionarios gubernamentales una orientación política y ayuda para la planificación muy necesitadas, son infinitos.

La única verdadera mosca en el vino en este caso es la premisa original. La idea de que los inversionistas —la mayoría increíblemente limitados y provincianos en sus antecedentes, educación, experiencia e intereses— vayan a tener algún tipo de sabiduría colectiva trascendental y visión profética no se justifica, salvo a corto plazo. Los inversionistas pueden obtener relativamente buenos resultados al anticipar lo que el mercado de valores, o las tasas de cambio, harán dentro de algunas semanas, o tal vez meses, basándose en lo que han hecho hasta ahora, mientras no suceda algo imprevisto. Como básicamente predicen su propia conducta futura, tiene mucho sentido. Fallan cuando se trata de predecir tendencias a largo plazo, lo que, desde luego, es la reacción a eventos sobre los que los inversionistas en futuros, como el resto de nosotros mortales, no tienen la menor idea.

Ningún negociante en mercados de futuros podría haber pronosticado los ataques del 11-S que echaron por tierra tanto el mercado de valores como la economía de EE.UU. Los inversionistas en futuros tampoco tienen idea de lo que el calentamiento global hará con las perspectivas empresariales de EE.UU.

Y, desde luego, existe el peligro de la manipulación.

Hace unos años, los hermanos Hunt tuvieron bastante éxito, por un tiempo, en sus esfuerzos por controlar el mercado de futuros de la plata.

Simplemente acumularon suficientemente como para colocarse en una posición de control para manipular los futuros de la plata. Por cierto, la manipulación de mercados de futuros es un problema común, porque el negocio de futuros, a diferencia del comercio con valores, involucra a relativamente pocos participantes. Mientras menos sean, más fácil es manipular un mercado.

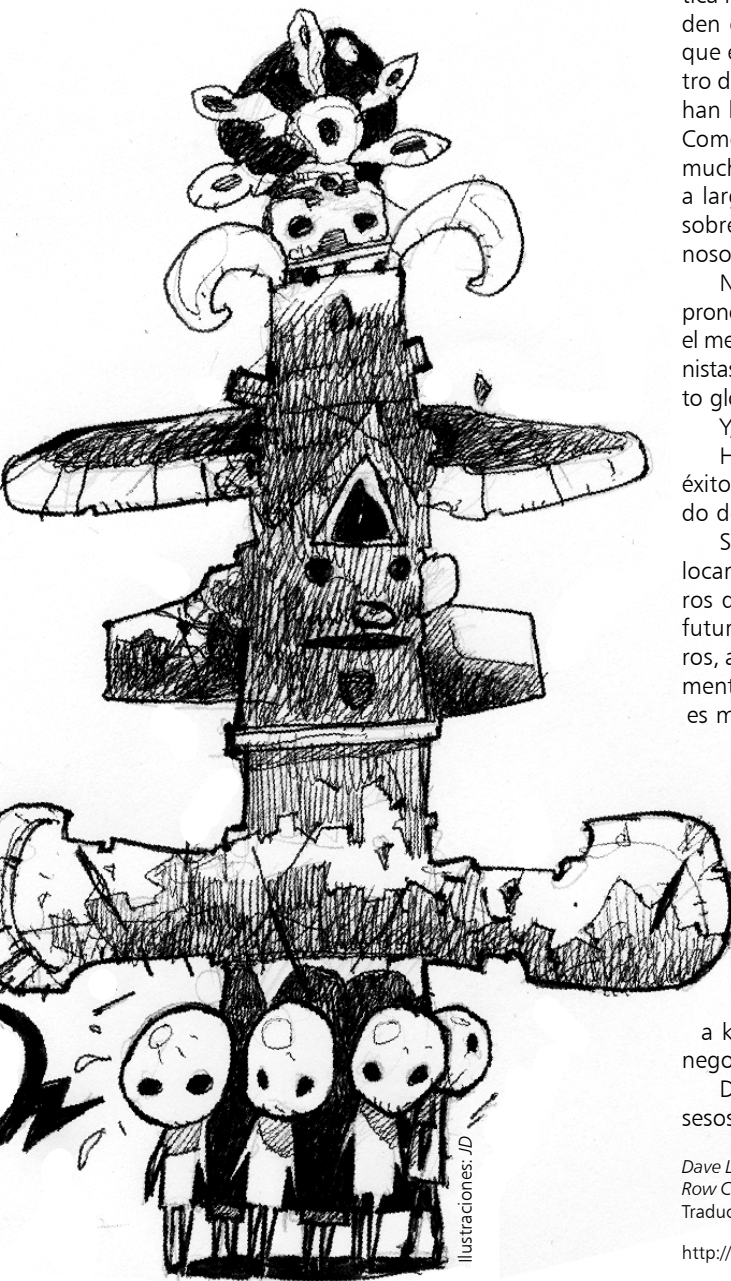
Así que tendríamos que preocuparnos por gente que manipularía el mercado de futuros en terrorismo, me imagino. ¿Y cómo? Apuestas a un asesinato dramático pero muy poco probable, tal vez, como podría ser el del presidente de Estados Unidos, o un ataque con bombas a un objetivo destacado como Disneyland o el Canal de la Mancha. Y luego vas y financias el ataque por alguna célula terrorista dispuesta a hacerlo. Una tal manipulación del mercado daría un sentido totalmente nuevo a lo que Wall Street llama «make a killing» [hacer una matanza, significando hacer un gran negocio, N.d.T.]

Después de todo, parece que la última descarga de los sesos de Poindexter, como las otras, es una mala idea. ▀

Dave Lindorff es autor de *Killing Time: an Investigation into the Death Row Case of Mumia Abu-Jamal*.

Traducido para *Rebelión* por Germán Leyens

http://www.lajiribilla.cu/2003/n118_08/118_02.html



Ilustraciones: JD

una aviddez

Alberto Garrandés
Cuba

Compendiosa



En su extraordinario libro *La herida y el arco*, dado a conocer a inicio de los años cuarenta, el célebre crítico norteamericano Edmund Wilson se sumergió en las relaciones existentes entre los aspectos emocionales de la vida del escritor y su obra. Wilson hizo un ensayismo de raíz crítica, y el centro de su labor fue siempre el examen analítico del texto literario, pero realizado de una manera —la subjetividad objetiva de la mirada— y con unos recursos —la filología, la poética diacrónica, el vínculo con las artes visuales, la sicología, la historia— que hoy subrayan la presencia en él de cierta heterodoxia cultural, muy próxima a lo que aún entendemos por dialéctica marxista.

El diálogo de la observación directa con el entorno de la cultura total fue una de las cosas en las que Wilson creyó siempre. De su perspectiva, anómalamente abrazada por los representantes más conspicuos del *new criticism*, se desprende un gran interés en revelar los gestos articularios de la literatura en relación con poéticas globales como el vanguardismo, el simbolismo y también el romanticismo. Y de esa especie de pasión didascálica por mostrar la grandeza del otro —la belleza transformadora de un otro que podía ser Joyce, o Eliot— emana un *modus operandi* que, si creemos en las palabras de Wilson en torno al sistema seguido en sus trabajos (la observación «imaginativa» de la literatura), se distingue por el trazado de las correspondencias y disensiones que surgen cuando los escritores de relatos se distancian y «teorizan» acerca de la escritura de ficciones, posesionándose de un territorio habitualmente reservado a los críticos y los ensayistas, a quienes de pronto escuchamos en una tesitura distinta —la teoría cultural, la construcción del texto— dentro de la cual no cabe sino el asombro ante el discurso «empírico» (y lleno de descubrimientos) del escritor.

De esto último trata un volumen empeñoso y profundamente inquieto, *Los desafíos de la ficción**, cuyo subtítulo alude a las técnicas narrativas y que fuera compilado por el narrador y editor Eduardo Heras León. Y más allá de los nombres —especialmente nombres— que no aparecen en un texto de más de mil doscientas páginas, debemos en primer lugar descubrir cuán útil podría ser no solo para sus destinatarios naturales, los alumnos-narradores del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, sino también para quienes ven en el cuento y la novela formas inquietantes mediante las cuales se puede comprender (y enriquecer) la fluencia de la vida.

Heras León no es un teórico en los términos en que hoy se asume el ejercicio de la teoría, y sin embargo entendió muy bien, ignoro si con el conocimiento previo de sus libros, una enseñanza de Edmund Wilson, quien no sentía predilección por las teorías y a quien una mente llamada Harold Bloom hizo responsable de «malas lecturas» tan fascinantes como generadoras. Para decirlo en pocas palabras: *Los desafíos de la ficción*

constituye una experiencia dialógica en la que un cuerpo teórico *per se* detecta su imagen en un cuerpo reflexivo sobre la escritura que, a su vez, se pone de manifiesto en determinadas piezas narrativas reactivadas por la lectura sucesiva entre la «tradición» y el «talento individual», para poner en uso dos categorías muy personalizadas de T. S. Eliot.

Cruzar los puntos de vista de Hemingway (en la célebre entrevista de Plimpton) con la praxis evidente de *Los asesinos* y con las meditaciones de Raymond Carver o de Sherwood Anderson —cuyo libro más importante es de 1919—, puede dar origen a un conocimiento más vivo de cierta poética realista de la construcción ficcional, sobre todo si sabemos de antemano que el muy contemporáneo mundo de Carver no es el de Hemingway, ni este un epigono de Anderson. De otra manera, estableciendo analogías con su cerrado yo proteico, un narrador total como Faulkner (capaz de: 1. *ficcionar*, 2. hacer consideraciones «enajenadas» su ficción, y 3. contestar preguntas sobre el oficio de inventar y *escribir* una realidad propia y al mismo tiempo lejana) se desdobra sin que necesitemos, de momento, asistir a las taxidermias descriptivas de ciertos comentaristas.

Los desafíos de la ficción es una curiosa antología que deja ver, paso a paso, aspectos de la historia moderna y contemporánea de un género sobre todo en español, concretamente en Hispanoamérica, y que, asimismo, revela algunos puntos esenciales de su tradición mediata e inmediata. Aparte las selecciones de textos teóricos *en puridad*, provenientes en lo esencial del mundo anglosajón (aquí se nota la ausencia de la muy fuerte y creativa teoría francesa sobre el relato), el libro viene a ser una singular experiencia conciliatoria de las poéticas de significativos narradores del orbe latinoamericano como Horacio Quiroga, Mario Vargas Llosa, Sergio Pitlor, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Ricardo Piglia, Antonio Skármeta, Adolfo Bioy Casares, Juan Rulfo, Juan Carlos Onetti, Juan José Arreola y algunos otros.

Pero en este variado, incandescente y también muy exclusivo círculo continúan interponiéndose las voces de la tradición norteamericana del relato, que influyó en la conformación de los realismos distintivos de dicho círculo y que dejó marcas en el desenvolvimiento de determinados gestos de escritura en el ámbito hispanoamericano a partir del segundo lustro de la década del cua-

renta, cuando el cuento, y en especial la novela, terminaron de desembarazarse de las gravitaciones del estilo del último modernismo y alcanzaron un desarrollo que sirvió de umbral a las realizaciones, comerciales o no, del *boom* narrativo de los años sesenta. Las voces de la tradición norteamericana que aparecen en *Los desafíos de la ficción* son las que he citado, pero a ellas hay que sumar las de Raymond Chandler, Eudora Welty, F. S. Fitzgerald, Truman Capote y Ambrose Bierce, autores que entablan en este libro —separados de un importante ensayo de Henry James sobre la noveleta como género, de la Virginia Wolf de *The common reader*, del E. M. Forster de *Aspects of the novel* y del Percy Lubbock de *The craft of fiction*— un diálogo de provecho con los textos de Maupassant, Chejov, Kundera y Calvino, representantes dispares de tendencias europeas bastante cruzadas y emulsionadas más allá y más acá del océano.

Habría que decir, en definitiva, cuánto de travesía generacional, y cuánto de mapa emocional tiene *Los desafíos de la ficción*. Porque el volumen no solo reproduce un segmento, ciertamente grande aunque todavía incapaz de saciar, de un sistema abierto donde las lecturas formativas se juntan con las lecturas preceptivas, y éstas con lecturas ejemplares, de índole casi proléptica en lo que toca a su red de estimulaciones y sus valores instrumentales. Este libro sin precedentes también encierra lo que vendría a ser la tradición para Heras León, el mundo referencial y literario que sostiene —no podía ni tenía que ser de otro modo; las antologías son, a la larga, una opinión más o menos personal— su praxis y sus expectativas como creador, las metas que tiene delante y que se convierte casi en obsesiones capaces de tentalizar una (y varias) sensibilidades asediadas por ciertas obras maestras de un período muy concreto (probablemente superado por sistemas subsiguientes de percepción de lo real desde la ficción) de «esa» narrativa latinoamericana que sirvió durante algunos años de horizonte a un grupo de narradores cubanos, y de la que se han separado estéticamente hace años fabuladores tan distinguidos como Salvador Elizondo, César Aira, Rodrigo Rey-Rosa y otros. Recetas y teorías aparte, la tradición de un escritor es la literatura a su alcance.

Un libro, en fin, utilísimo en tanto apertura, en tanto abrevadero preliminar, y en tanto memento, elucidación y evidencia de las cosas más simples, que por lo general son las más auténticas, las genuinamente básicas y las que se encuentran, hay que decirlo, en el inicio de «ciertas» andaduras — el volumen acaba por representar una tendencia y varias subtendencias del relato realista, aun cuando sus dos secciones finales estén dedicadas a la literatura policial y a la ciencia ficción— por el vasto territorio del ejercicio narrativo. ▀

*El pasado 31 de marzo, Día del Libro, la edición íntegra de este libro fue puesta en manos de los cientos de escritores jóvenes del país.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n117_08/letrasolfa.html

Ilustración: Sarmiento



Reynaldo González Cuba

En ocasiones, ante inesperados sucesos cubanos, escuché la frase «algo está pasando en Cuba». La dicen, sorprendidos, quienes de Cuba solo esperan el inmovilismo. Primero fue la comparación con el Este europeo en plan estaliniano, que para los cubanos resulta odiosa, pues ni en el momento álgido de los *tovariches* extrapolados, se vieron así. En esa comparación cayeron muchos, siguiendo esquemas que se inventaban, en olvido hasta del Mapamundi... Luego la confrontación con un país superviviente al naufragio del comunismo, del que solo se podía esperar una agonía con pachanga, con el glamour y la inconciencia del «trópico», palabra que pretende definir algo y en verdad dice nada. En todo eso se balancean arquetipos, lugares comunes, preconcepciones. Cuando algo pasa, o no se dice o se dice a medias, porque para la prensa del desencanto cubano —o desencanto de Cuba— aquí solamente ocurren descalabros. Y es que no pasa lo que en verdad se espera: la caída por la que apuestan unos y a la que temen otros, la debacle de un gobierno que ha sobrevivido a nueve administraciones estadounidenses encarnizadas en el propósito de hacerla naufragar.

Mientras, algunas cosas ocurren. En este caso, en el campo cultural. Hablo de dos películas cubanas recientes, de diferente signo. Una amarga, algo sombría y en nada triunfalista. Sin la jacarandosa jinetera y el contrabandista nativos, la negra que salta del rito santero a la cama del incauto «Pepe», español sometido a sus propias fabulaciones e insatisfacciones, capaz de gastar carretillas de euros para acercarse a una panacea sexual o al paraíso perdido. Es la mítica isla que visitan como en una borrachera de la que solo recordarán cocoteros, mulatas o mulatos y espléndidas playas amarillas, todo salpimentado con ritmos de claves y bongoes. En facilota combinación de los arquetipos de productores españoles, el cine cubano de los últimos tiempos ha servido excesivas dosis de ese cóctel rentable. La programación carga la vergüenza de esas comedietas y el desfuerzo de talentos notables entrampados en tan gelatinosa combinación. Y otra película, aún caliente del horno, desenfadada y juvenil, roquera y rapera, sonera y guapachosa. Un concierto desconcertante para los almidonados ámbitos de la cultura oficial. En poco tiempo, estos dos sucesos cinematográficos parecen empeñados en desmentir los tópicos.

Suite Habana (no Havana), del realizador Fernando Pérez, entrega una imagen diferente de la capital cubana, uno de los muchos aspectos posibles, con una pobreza que se muestra endémica, pero expresada por personas de una dignidad irrecusable. Una mirada autocrítica y desgarrada a cubanos diferentes de los que han frecuentado las pantallas. Son cubanos contenidos, concentrados, silenciosos, inmersos en su realidad y sin acudir a la autoconmiseración que anima el melodrama. Un alegato por la vida sufrida y callada de gente que padece una realidad ingrata, pero que halla fuerzas en su propia humildad para iniciar la vida cada día y proponerse los mínimos cambios a su alcance, sus esperanzas realizables. Un argumento que ha unificado criterios en las diversas orillas de una nacionalidad escindida, que no hace concesiones a la politización epidérmica y discursiva, pues no pide, sino simplemente muestra su existencia. Una película de integral y dramática poesía cotidiana. Imágenes y sonidos, personas que devienen



personajes al interpretarse a sí mismos, híbrido genérico que va y regresa del documentalismo a la ficción. Retrato sin añadidos ni maquillajes, espejo que lanza a los espectadores cubanos a un abismo de conjeturas y razonamientos, sin que escaseen las lágrimas, mientras no espera la comprensión extranjera. Es un mensaje de la más vívida y auténtica exigencia, la de quien se mira no como quisiera ser visto, sino como es. Es una Habana alejada del pintoresquismo tan agraciado y manipulado.

Habana abierta es perla de otro cultivo, siendo del mismo origen. Se trata de mostrar un recital de rock en uno de los sitios privilegiados del son y la salsa, el mitológico jardín de La Tropical, en La Habana. Pero estos roqueros —o raperos, o soneros, que todo unen—, siendo cubanísimos, vienen «de afuera». Son jóvenes músicos cubanos que viven su música en Madrid y ansían ser escuchados y reconocidos en su país. Habana Abierta es una agrupación infrecuente, en ocasiones soez, en otras tierna, siempre contagiosa y trepidante. Agresivos como suelen ser los jóvenes frente a los esquemas, irreverentes como les impone la edad y unas ganas locas de romper moldes. Imperfecto sin que pretenda la perfección, sino dejar constancia de la ocasión y de la definitiva empatía entre el grupo musical y su desbordado público, a partir de un amor común, casi delirante y por momentos con la tristeza del desgarramiento: el amor por el terruño al que regresan. Acabo de ver y escuchar este desborde de emociones y escribo, con toda intención, bajo el impacto, sin esperar el distanciamiento ni pretender el juicio crítico. *Habana Abierta*, la película que capta un concierto, me ha conmovido. Ese es su logro.

Codirigida por Arturo Sotto y Jorge Perugorría —estreno del actor en estas lides—, tiene un argumento tan simple y llano como su objetivo: apelar por la identificación de todos los cubanos, derrumbar fronteras e incómodos muros. Nos habla de un grupo de músicos que comenzó llamándose Habana Oculta y se decidió por un nombre más definitorio, Habana Abierta, con el que definen la voluntad de tender puentes entre artistas que viven en Cuba y sus coterráneos lanzados al mundo en busca de nuevos caminos y de reconocimiento. No se trata, ya, de burlar el empecinado bloqueo externo, sino también de derrumbar internas y extremas incomprendiones. Lo dicen y repiten. Quieren una Habana, una realidad abierta, donde quepan y dialoguen todos. La noche comenzó con esa declaración: Perugorría la dedicó a dos grandes músicos cubanos recientemente fallecidos, Celia Cruz y Compay Segundo. Fue el homenaje de una reciente generación y de una voluntad fuertemente expresada, a su manera, con sandunga y guitarreo, con las sonoridades modernas y la más desenfadada visión de un mundo donde caben todos.

Celia y Compay pareados como símbolos de cubanía, por encima de controversias y enquistamientos. Jóvenes hirsutos y viejos tradicionalistas en desenfreno rítmico. Una película como *Suite Habana*, que antes nunca hubiera llegado a las pantallas cubanas, y una como *Habana Abierta*, con su alegre impugnación, su negación de la retórica y su sencilla manera de aparcar preconcepciones. Sí. Algo está pasando en Cuba. ▀

CRISIS solo hacia adelante

CRISIS

Emir Sader*
Brasil

Para quienes gustan de interpretar y obedecer al «mercado», y para todos en general, el mensaje es claro: la economía internacional está en recesión profunda y prolongada. No sirve hacerle caricias, porque no devuelve nada que se parezca a inversiones, préstamos o incentivos a la reactivación económica. Al contrario. Si quieren volver a crecer, los países —especialmente los de la periferia capitalista, como Brasil— tienen que apoyarse en la expansión del mercado interno.

El análisis del economista conservador Martin Wolf, publicado recientemente en el *Financial Times*, es franco: todas las medidas monetarias de los bancos centrales de los países centrales del capitalismo, comenzando por las de la Reserva Federal de Estados Unidos, se han mostrado ineficientes para reactivar la economía de sus respectivos países. Como dice el informe anual del Banco de Compensaciones Internacionales (BIS): «El último año estuvo marcado por decepciones económicas. Esto sorprendió a muchos, dado el alto grado de estímulo monetario aplicado en gran parte del mundo. En verdad, esa pauta de expectativas irrealizadas viene siendo la norma desde hace al menos dos años».

Pueden invocarse como causas desde los escándalos de las grandes empresas a los atentados de 2001, desde la crisis argentina hasta la guerra en Iraq, de la neumonía atípica a cualquier otro nuevo escándalo, reclamos que Wolf considera «tonadillas desesperadas» frente al fenómeno central: la economía de Estados Unidos, que por sí sola había sido la locomotora del capitalismo mundial en la década pasada, agotó su combustible, sin que ninguna otra economía ocupe su lugar. Se dio lo que el economista marxista belga Ernest Mandel preveía hace tiempo: la simultaneidad de la crisis en los tres principales ejes del sistema capitalista mundial: Estados Unidos, Europa occidental y Japón.

Cualquier análisis que se haga de la economía estadounidense concluye que la recesión llegó para quedarse y se instaló de manera profunda, con todas las consecuencias internacionales que tiene el peso de esa economía dada la importancia que asumió. La posibilidad de retomar el crecimiento en otros países es «generar un crecimiento de la demanda por encima de su potencial». Sin embargo, el propio Wolf constata: «Pero ese cambio viene siendo reprimido, porque los gobiernos impiden un movimiento necesario en las tasas de cambio y porque las autoridades no están promoviendo la demanda doméstica». Y concluye: «Si ese cuadro no cambia, unos cuantos años decepcionantes pueden fácilmente transformarse en una década desastrosa».

La contribución brasileña para esta década desastrosa tiene que ver directamente con la tasa estratosférica de intereses que sigue en pie. El mensaje es claro para quien no es sordo a los mensajes de la realidad: si queremos crecer, solo será en dirección al mercado interno, elevando el poder de compra de la masa de la población, redistribuyendo el ingreso, haciendo una reforma tributaria redistribuida, extendiendo y no restringiendo los derechos sociales. Está en manos del gobierno, mientras sea tiempo. Si no, intente seguir durmiendo con estas tasas de interés. ▀

*Sociólogo y doctor en Ciencias Políticas, profesor en las universidades de Sao Paulo y de Río de Janeiro. Es uno de los organizadores del Foro Social Mundial de Porto Alegre. Traducción para *La Jornada* de Alejandra Dupuy

http://www.lajiribilla.cu/2003/n117_08/117_18.html



Jefe de Redacción:

Nirma Acosta

Diseño:

Eduardo Sarmiento
Darien Sánchez

Ilustraciones:

Camaleón



Webmasters:

René Hernández
Janios Menéndez

Corrección:

Odalys Borrell
María Matienzo

Consejo de Redacción:

Manuel H. Lagarde

Julio C. Guanche

Rogelio Riverón

Bladimir Zamora

Omar Valiño

Joel del Río

Daniel García

Ernesto Sierra

Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly #14 esq. Tacón, La Habana Vieja.

☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00

www.lajiribilla.cubaweb.cu

www.lajiribilla.cu

Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma

